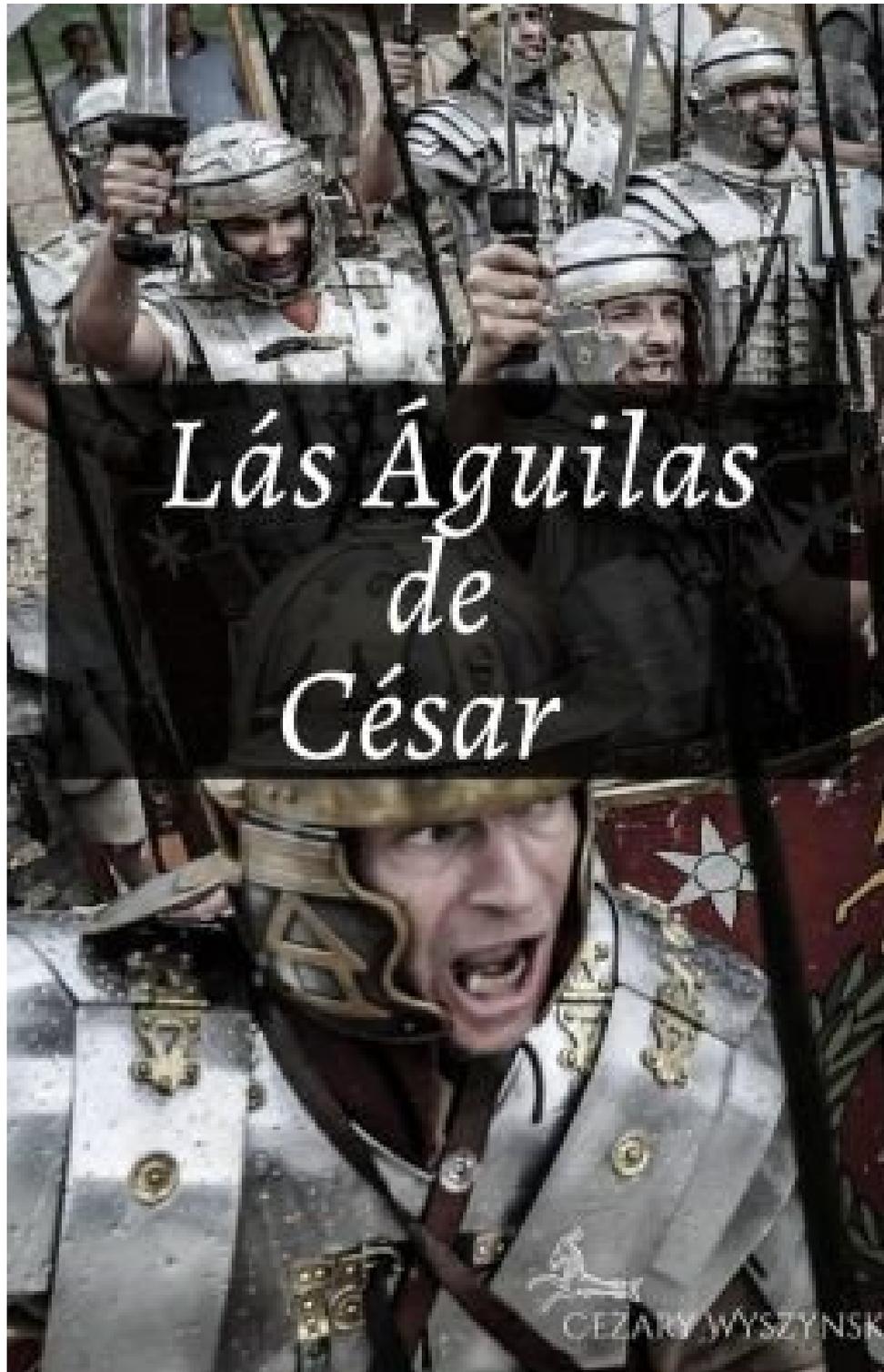


Las Águilas de Cesar

Julián Ybarra



Capítulo 1

1

La noche era estrellada con un hermoso cielo negro que daba al aire tranquilidad y paz, los cuerpos estelares creaban aureolas y mantos celestes que atravesaban todo el cielo que, ausente de nubes, daba la seguridad de que por varios días no habría lluvias.

Debajo de ese cielo, surcaba por ahí un finísimo riachuelo de no más de ocho pasos de ancho que para aquel que lo atravesara a lo sumo le llegaría a las rodillas, más allá del río, se veían claramente dos imponentes y altas figuras de dos árboles frondosos, seguramente pinos, que ambos a sus respectivos costados del camino por el que atravesaba el riachuelo se encontraban a igual distancia y altura, como si aquel que los hubiera plantado haya calculado exactísimamente el tiempo que le llevaría para que los árboles crecieran juntos a la par, más que un par de árboles parecían dos hermanos de toda la vida. A una distancia no tan grande de los árboles, se observaban unas sombras negras que de no ser por las antorchas que se encontraban a sus lados hubieran parecido parte de la propia noche. Eran soldados, más precisamente soldados romanos, y aún más precisamente soldados romanos haciendo su turno de guardia frente la puerta de lo que al parecer era un campamento.

Desde el viajero más perdido hasta el comerciante más mentiroso, todos hubieran apreciado la belleza de esa noche silenciosa de ese 58 a.c. en esa región de la Galia, más exactamente en la provincia romana de la Galia Comata

La naturaleza tan quieta, inmóvil y aún así tan cambiante y sabia coloca todo en su lugar. Pero en la inmensidad de la noche y en la belleza de la naturaleza que lo rodeaba, la paz y la quietud se ven interrumpidos, la sombra de un jinete que se encuentra antes del río, aparece tranquilamente para formar parte de ese ambiente, una figura sombría, solitaria, indiferente a todo aquello con lo que los dioses han adornado el mundo, avanza lento, pero con paso decidido, más que una montura parece una enorme mancha más negra que la noche, como si el caballo y el jinete fueran uno, uno con la noche. Pero la figura avanza, y cada vez más, atravesando el pequeño río se oyen las salpicaduras del agua, Glup, Glup, y las ondas que esta va dejando a su alrededor, Glup, Glup, y el líquido que salpica con pequeñas gotas a sus alrededores se impacienta y rompe el espejo de agua ante la marcha del jinete, que, una vez fuera de esta, va dejando las huellas del caballo en la tierra mojada. Pasa al lado del par de árboles, los enormes ojos negros del caballo y las pupilas de su domador se centran en el pino de la izquierda hasta que luego dejan atrás

las frondosas hojas de este y vuelven a clavar la mirada en el camino de delante.

La figura estaba llegando al campamento, podía ver claramente a los defensores apostados en las murallas y al par de guardias que se encontraban a ambos lados de la *Vía principia*, la entrada principal de todo campamento romano. Él sabía que a la distancia a la que se encontraba y gracias a la oscuridad de la noche los guardias no repararían en su existencia hasta que se encontrara como máximo a veinticinco pasos.

Una vez que faltaban tan solo once pasos para llegar a la puerta, el guardia que se encontraba a la derecha de la misma lo paró y exclamó:

-¡Alto y Señá!!

La figura encapuchada montada al lomo de su caballo vaciló un poco, y paso un buen tiempo, el suficiente para que el guardia casi repitiera la frase cuando al final respondió:

-No soy de esta guarnición soldado, vengo para formar parte de este ejército.

Ambos guardias se miraron. Eso era raro, demasiado pensaron, no había campesinos y mucho menos galos apestosos que tuvieran deseos de formar parte del ejército extranjero que mantenía sojuzgadas sus tierras bajo el yugo romano. Solo un incoherente con falta de sentido común sería lo bastante estúpido como para formar de las legiones que Cesar había desparramado por toda la Galia. ¿Qué clase de tonto se alistaría en el ejército que mantiene dominadas sus propias tierras? ¿Aún más cuando empiezan a surgir rumores de rebelión por toda la Galia? Al final, el mismo guardia le respondió:

-Me temo que tendréis que dar media vuelta y volver por dónde has venido. Aún no se han abierto las jornadas de reclutamiento.

La figura encapuchada se quedó pensando un poco, se acercó lentamente y pudo ver la complexión del guardia que le hablaba, un hombre de estatura mediana con la piel blanca, el cabello negro corto y con pecas por toda la cara, no era muy mayor ni tampoco tan joven pero daba la sensación de tener muchos años menos, aparentemente el tipo pensaba que era un civil deseoso de alistarse y por eso lo había despachado, en efecto, tenía razón, ya que faltaban todavía mínimo dos meses para que se oficializaran los reclutamientos de levás que, además, no se hacían en los campamentos o guarniciones, sino más bien en la capital romana, a varias millas de allí. Hasta ese momento el guardia le dijo la verdad, sin embargo el extraño quería probar no solo la sinceridad, sino más bien el estado de la guarnición junto con la de sus hombres. Así que entonces

decidió seguirle la corriente.

-Se dice que las legiones nunca tienen sus centurias completas con todos los hombres necesarios.

Los guardias se miraron al mismo tiempo, no esperaban una respuesta de esa manera, mucho menos de un campesino que venía a molestar con las levas a esas horas de la noche. A lo que entonces el mismo guardia que lo paró le devolvió la respuesta sin ocultar su clara molestia:

-Sea quien sea el que te haya dicho eso, ha hablado con la razón, es casi imposible que las legiones cuenten con su completo número de hombres a causa de las enfermedades, heridos y el trabajo duro de la vida del soldado. Sin embargo, por el momento no necesitamos voluntarios ni tampoco andamos escasos de hombres, quizás nuestras unidades no siempre estén completas, pero nuestra disciplina y organización tapan esa falta de efectivos, disciplina y organización que gente como vosotros no tenéis.-el guardia vio que su respuesta no dejó satisfecho a su interlocutor que seguía mirándolo y que gracias a la capucha negra que le tapaba la mitad de la cara parecía un alma en pena salida de la tierra misma, así para finalizar el dialogo, además de que el aspecto aterrador del tipo influía miedo exclamó.-Además,¿ Sabes bien a que guarnición has venido?. Has llegado nada más ni nada menos que a al cuartel de la X Legión, compuesta no por soldados enclenques y miedosos sino por veteranos curtidos en mil batallas venidos de las legiones de todos los rincones del mundo. Además de ser la favorita del Procónsul. Así que seas quien seas, largo...¡¡AHORA!!

-**Claudius**. No creo que debas tratar así a este pobre hombre- respondió el hombre de la izquierda, un joven de altura mediana pero un poco más alto que el otro, físico normal y el cabello rubio, seguro era un galo de la tribu de los Avernos, un importante aliado de César, que seguro lo defendía porque pensaba que era uno de ellos.

El encapuchado vaciló un poco, miró divertidamente al guardia encabronado y luego al otro, seguramente no tenían idea de quién era. De hecho, dada la oscuridad de la noche, ni siquiera debían de saber ni quiénes eran ellos mismos

-Creo que no has entendido. No vengo a alistarme. Pero sí para formar parte de la Décima.

El guardia de la derecha, aparentemente Claudius, le miró incrédulo y con una mirada sumamente boba que al encapuchado, de no ser por la seriedad de la atmosfera le hubiera hecho estallar de la risa. Una vez que el guardia recobró su dureza y, cansado de hacer el turno por varias horas

exclamó:

-No entiendo. Entonces... ¿Qué quieres?

El jinete respiró profundo, no quería alargar la conversación más de lo necesario, aún tenía que ver al *Tribuno* de turno para que le hiciera el traspaso de legión así que fue directo al grano.

-Me han hecho un traspaso de la IX Hispana a la X.

Claudius lo miró extrañado y sorprendido, nunca había escuchado que se hicieran trámites para el traspaso de efectivos en las distintas guarniciones o hasta en las legiones inclusive. Para él era algo totalmente nuevo.

-Entonces... ¿Quién eres?..

El jinete suspiró aliviado, esperaba esa pregunta, ya podría entrar en el campamento de una buena vez.

-Soy Máximus Quintillus Amadeus .Soy *centurión*, y cuando me dejes entrar seré tu *centurión*.

2

Cuando Máximus se despertó y vio el campamento de la Décima se quedó maravillado y esta vez, atónito. Había pasado un día desde que había ocurrido el altercado con el guardia y Claudius, precisamente la noche anterior, cuando los dos guardias lo dejaron pasar era demasiado tarde y en el campamento la gran mayoría de los *legionarios* estaban durmiendo por lo que le costó mucho encontrar al *Tribuno Mayor*, un tal Gaio Terencio Varrón que para su asombro y decepción no se encontraba en el campamento sino en la capital romana provisoria de César, la ciudad de Puerto Icio, organizando (para asombro y molestia de Máximus) nada más ni nada menos que las levas de reclutamiento, el dichoso tema con el que casi se agarra a los golpes con el guardia.

De no ser por un amable centurión que rondaba por las tiendas, aparentemente cuidando que los *legionarios* no crearan problemas, (aunque Máximus por su experiencia sabía que el paseaba simplemente para castigar al primero que viera) Máximus habría estado toda la noche buscando al maldito *tribuno* que graciosamente se encontraba a cientos de *millas romanas* lejos de ahí, además Él no solo le dio la información sino también, le dio cobijo en su propia tienda, razón por la cual Máximus estaba bien despierto pues de lo contrario, habría tenido que dormir con los caballos en los establos.

Máximus nunca olvidaría el hospedaje que le brindó el *centurión*, que para impresión de él era nada más ni nada menos que el *Primus pilus* de la legión, el *centurión* de la primera centuria de la primera cohorte de la X Legión, el cargo más importante al que un legionario de clase media-baja podía aspirar. La figura sobre el que recaía el importante cargo respondía al nombre de **Cornelio Emilio Tulo**, un nombre igual de severo como lo es el hombre en sí.

El recién llegado *centurión* aún recordaba la conversación.

Como la noche eran tan oscura, Máximus casi se llevó por delante la tienda de unos *auxiliares* que, luego del tropezón, profirieron unos insultos casi inentendibles desde el interior de la carpa. Posterior a eso, se paró en seco en medio del campamento, pues no tenía idea de dónde estaba parado, y tampoco pudo ver la figura alta que se acercaba intimidantemente por detrás.

-¿Puedo ayudarte en algo muchacho?- interpeló el *centurión* mayor con total soltura y neutralidad, pero ocultando perfectamente su molestia, ya que todas las noches siempre encontraba a un rezagado merodeando perdidamente a causa del alcohol o de una paliza por una apuesta en la taberna por lo que cada día perdía aún más las esperanzas de que alguna vez dejase de trabajar de niñera con aquellos que no cumplían con las reglas del campamento; a pesar de esto el *centurión* se encontraba de buen humor (algo muy raro en cualquiera de ellos) por lo que olvidó momentáneamente la falla disciplinaria, otra vez.

-¿Ehh?..-Máximus no había visto la figura negra que se acercó atrás suyo, por lo que le costó mucho darse cuenta de que era un hombre.-Sí, Sí. Por favor *legionario* si fuera tan amable de indicarme por dónde se encuentra la tienda del tribuno, como verás ya es muy tarde y quiero encontrarlo así ya puedo irme a dormir feliz.

Cornelio estaba exasperado, nunca antes lo habían llamado como a un simple soldado y mucho menos confundirle con un *legionario*, hacía más de quince años que era *centurión* y hace seis que era *primus pilus*. Por lo que se acercó lentamente hacia la luz de la luna para que la claridad le hiciera ver al patético soldado quien era en realidad.

Cuando el *primípilo* se acercó lentamente hacía el, Máximus pudo ver su armadura y las *phalerae* que adornaban su pecho, solo ahí cayó en la cuenta de quién se le había acercado, y recordando la accidental falta de respeto le embargó un rápido escalofrío.

-Creo que alguien por fin va a limpiar las letrinas hoy....no sin antes recibir una bonita...muy bonita lección por faltar el respeto.

Y bien terminó de decir esto, Cornelio sacó a la luz la *vitis*, y a Máximus la simple imagen de la vara de vid que tanto odiaban los *legionarios* le trajo recuerdos de sus tiempos como recluta en la IX, y su incontable cantidad de latigazos, por lo que le aterró el tener que pasar de nuevo por esa experiencia, ¡siendo el *centurión*!! Sería inaceptable, para su historial y para su baja autoestima.

-¡Disculpe mucho señor!! No sabía que era *centurión*.

Cornelio dibujó una sonrisa en su cara, cuantas veces había escuchado eso.

-¡Ja! ...lo mismo dicen todos...

Con la mano derecha Cornelio levanta la punta de la *vitis* y la hizo golpear un par de veces en la palma de la mano izquierda, la típica señal de que alguien iba recibir un muy bonito golpe, generalmente en el trasero.

-Espere... ¡¿QUÉ?!!

-Ven conmigo soldado. No lo hagas más difícil... o será peor.

Máximus se encontraba en la misma situación que con el guardia, o le decía porque estaba ahí y quien era... o no podría ir al baño por el resto de la semana. Así rápidamente decidió sacrificar la relevancia por la dignidad de su trasero, ya se lo agradecería cuando fuera a defecar.

-No, no. ¡NO!. Señor no soy un *legionario*, soy un *centurión*, me han enviado de la IX Hispana a la X. Busco al maldito *tribuno* para poder hacer el traspaso de una maldita vez.

Cornelio se detuvo de lleno, a dos pasos de él podían verse los oscuros ojos negros del oficial, cuya vista se hundía ferozmente en la estúpida mirada alegre de Máximus, que hacía todo para salir de ahí.

-¿Cómo sé que lo que dices es verdad? Cualquier imbécil podría inventarme una estupidez así para zafar de un buen castigo. ¿O acaso quieres dormir afuera de las murallas?- Máximus se quedó con la boca cerrada, no esperaba un contraataque así- ¡RESPONDE MIERDA!!

-Sí Señor, si soy de la IX, estuve al lado de Julio César en todas sus campañas en Hispania, luché contra los lusitanos sometiendo a los demás pueblos de Iberia. Mire...- Máximus aterrado le mostró el casco con el penacho de crin al rojo vivo, ya que estaba desesperado por largarse de ahí, el maldito era más inteligente de lo que pensó- lo ve, si soy *centurión*, ...solo quiero ir a dormir Señor.

-Es cierto, pero entonces... ¿Cuál es tu nombre muchacho?

Otra vez esa maldita pregunta, cuantas veces más tendría que contestarla.

-Máximus...señor...Máximus Quintillus Amadeus. Y soy *centurión* de la *Sexta centuria* de la Tercera *Cohorte* de la IX Legión señor.

Cornelio levantó la mirada y la mantuvo durante unos segundos sobre los ojos del chico, valoraba esa clase de sinceridad, especialmente en los soldados, lo que por sí solo hablaba bien de ellos.

-Ya no más. Bienvenido a la X Legión muchacho. Ahora este es tu hogar Máximus Quintillus. Vayamos a celebrar.

-Pero señor, necesito ver al *Tribuno* para que...

-Gaio Terencio Varrón se encuentra en Puerto Icio, organizando el reclutamiento de ciudadanos para llenar el espacio sobrante, no lo verás aquí hasta dentro de ocho semanas.- lo dijo dándose vuelta, como si ya no estuviera hablando con él.

A Máximus le ardía la sangre, el pendejo de la puerta le había mentido o no tenía idea del calendario militar. Luego cayó en la cuenta de que no tenía a donde ir a esas horas.

-¿Qué?... ¿Pero entonces a donde iré...?

-Dormirás en mi tienda, no te preocupes por ello.

-Pero señor, usted no puede...

-Soy el *Primus pilus* de la X, y puedo hacer lo que me plazca.

Solo ahí Máximus pudo reconocer verdaderamente con quien estaba tratando.

3

Como era un día soleado y seco, Máximus podía ver y apreciar con claridad la majestuosidad del campamento, lo primero que observó y que más placer le dio, a pesar de que era sumamente obvio, era la perfecta planificación de este (al igual que todo campamento romano), de hecho esto solo le sorprendía a él, pues, la edificación seguía el plano romano estipulado para la construcción de campamentos militares y, si estos

crecían lo suficiente, en ciudades.

Los campamentos romanos eran edificaciones rectangulares y sumamente precisas, cuando se estaba en campaña y el ejército marchaba el general al mando enviaba una avanzadilla compuesta por caballería al mando de un *tribuno* con una doble misión, reconocer el territorio y localizar un terreno apto para la construcción del campamento. Los requisitos para edificar uno eran casi siempre los mismos: un terreno alto y plano con disponibilidad de agua (a Máximus eso no le sorprendió, recordando que atravesó un riachuelo para llegar al campamento), con bosques cerca pero lo suficientemente lejos de ellos para evitar una emboscada y que se encontrara cerca de una carretera o ruta comercial. Una vez que el *tribuno* encontraba un lugar con los requerimientos avisaba rápidamente al Estado Mayor del ejército y este a su vez al general, por lo siguiente, el ejército se desplegaba haciendo que la mitad de los *legionarios* tomaran sus herramientas de construcción (hachas, rastrillos, martillos, etc.) y se dispusieran a construir mientras la otra mitad montaba guardia a cinco pasos de ellos con sus escudos y armas listos en caso de que el enemigo atacara, cambiando de turnos cada tanto hasta que el campamento estuviera listo.

Una vez que el campamento estaba listo se disponían a colocar las tiendas de los soldados y todo el ejército incluido ingenieros y médicos cirujanos, empezando por la del general, siguiendo con la de los *legados*, siguiente las tiendas de los *tribunos*, luego la de los *centuriones* y por último la de los soldados, es decir, *legionarios* y *auxiliares*. Si el campamento era temporal, las tiendas eran de cuero, pero si el campamento permanecía por mucho tiempo y se convertía en el cuartel general, los edificios pasaban a edificarse con ladrillos y madera, como una casa normal, señal de que el campamento sería permanente. En caso contrario, es decir que el campamento fuera solo temporario o que fuera construido para luego proseguir la marcha, se lo abandonaba y se lo destruía para evitar que el enemigo lo utilizase en el futuro.

Así de fácil es la construcción de un campamento romano.

Mientras el joven *centurión* se paseaba por los alrededores de las tiendas de los legionarios podía apreciar bien de cerca el milagro de la ingeniería romana, las tiendas de los soldados, tanto *legionarios*, *auxiliares* y *equites* se encontraban a 70 metros de las murallas interiores en caso de un ataque con proyectiles enemigos. Pudo también ver a los defensores apostados en las almenas, los arqueros con sus *cotas de mallas* y sus *carjacs* repletos de flechas. Pero lo que más le impresionó fue cuando paso por debajo de un par de soldados que estaban engrasando y probando un *escorpión* que sobresalía intimidante de la muralla, dispuesto a destripar a cualquiera que estuviera a más de 100 metros.

Las cuerdas de la maquinaria, hechas de fibra vegetal ejercían una enorme presión sobre los brazos de este, dotándole de una brutal fuerza de penetración que aumentaba peligrosamente a medida que el objetivo se acercaba.

Durante su servicio en Hispania, Máximus había escuchado historias y relatos de los *centuriones* y *legionarios* más veteranos sobre como las cabezas de los enemigos explotaban como sandias a causa de los precisos disparos de los *escorpiones* romanos, él no había podido nunca ver a los *escorpiones* en acción, pero sin saber por qué, tenía la sensación de que durante su estadía en la Galia iba a ver lo mejor y lo peor que esas máquinas podían hacer, como hace antaño hicieron retroceder y aterrar a los lusitanos durante las campañas de Cesar.

Siguiendo su marcha sobre el campamento de la X, puedo ver a un grupo de *legionarios*, seguro reclutas, que practicaban golpeando a un *palus*, el poste de madera que clavado en el suelo servía de oponente de práctica para el adiestramiento con armas, usado tanto por *legionarios* como *gladiadores*. Los jóvenes soldados (que seguramente nunca usaron un arma en su vida) golpeaban al poste débilmente por culpa de la fatiga que les causaba el usar los *rudis*, la réplica del *gladius* romano pero hecha de madera y con el triple de peso que las espadas genuinas. Máximus volvió a recordar sus tiempos de novato y se vio a él mismo golpeando el *palus* y retorciéndose de dolor a causa del peso y la fatiga muscular que le generaba, viendo la cara de uno de los *legionarios* le llegó el recuerdo su amigo Glario, lo había conocido exactamente en la misma situación, para ese entonces él tenía unos diecisiete años y Glario casi diecinueve, "¿O quizás teníamos la misma edad? No lo sé." no logra recordar mucho de él, los dos fueron escalando puestos de mando hasta llegar a ser *centuriones*, Máximus de la Segunda *Cohorte* y Glario de la Tercera. La última vez que lo vio fue en el campamento romano en Hispania, cuando Cesar iba a ir a luchar la última batalla contra los lusitanos, pues su amigo había sido seleccionado con su *centuria* el ir a combatir mientras que Máximus había quedado como encargado de la puerta y seguridad del fuerte. A él no solo le llegaron noticias de que Cesar había vencido y que Glario estaba vivo, sino que además también se enteró de que el aporte de él en la batalla fue decisivo y que Julio Cesar decidió transferirlo a otra legión que necesitara de sus servicios, todo esto lo supo por medio de un carta que Glario le dejó en su tienda el día anterior a su partida, igualmente, nunca le pudo decir adiós.

Y seis meses después le toco el mismo destino solo que en otra legión a millas de donde seguro estaba él. Máximus sabía que no lo volvería a ver así que se decidió por dejar de pensar en eso o le provocaría más dolor inútil.

El sonido del choque de espadas lo devolvió a la realidad, los dos reclutas luchaban entre sí con energías renovadas solo que ahora estaban bajo la

atenta mirada de un *centurión*. Máximus recordó el episodio de la noche anterior y decidió permanecer lejos de este para evitar problemas, ya que por alguna razón todos a los que conocía en la X lo trataban como a un pendejo así que no quería tener roses con alguien una tercera vez.

-¡BIEN RUTILUS BIEN!!¡Golpea más a la cabeza!!¡GLABER!!¡Esquiva las estocadas y apunta al estómago!!

La gruesa y masculina voz del *centurión* y la dura crítica hacía sus hombres hizo que Máximus centrar su atención en él. El hombre era bello y más alto que el guardia y el *primípilo*, aparentemente tenía la misma edad que Máximus y su mismo porte físico. Con respecto a la observación de su autoridad, Máximus había llegado al punto de que el hombre era un *centurión* con varios años de edad, ya que dirigía mejor que él la instrucción de los *tiros*, es decir, los reclutas.

Justo cuando centro su mirada en él, el *centurión* levantó su vista y sus miradas chocaron. Estuvieron suspendidos bajos unos largos segundos hasta que el soldado Rutilus rompió el silencio.

-*Centurión* Tiberius. ¿Por qué debemos practicar con estas espadas de madera sin filo y con el doble de peso cuando luchamos contra nuestros enemigos con espadas normales? Sinceramente no lo entiendo.

Tiberius siguió mirando a Máximus, pues ni siquiera oyó la pregunta de su propio subordinado, ambos *centuriones* se encontraban sumergidos en un silencio terrenal, como si no estuviesen en un lugar con personas. Al final, el llamado del mismo soldado devolvió a Tiberius a la realidad.

-Ah... ¿Señor?

-¿Ehh, Que?..¿Puedes repetirme la pregunta Rutilus?

Mientras el *legionario* le planteaba su pregunta al *centurión* Máximus también pudo salir de ese trance y volverse a centrarse a su alrededor.

-Ya lo he dicho el primer día de instrucción Rutilus. Estos *rudis* no son para combatir, son para agarrarle la mano a la lucha y pesan el triple porque si dominas esta espada, usar el *Gladius Hispaniensis* será pan comido. Al igual que con los enemigos con los que te enfrentes. ¿Entiende ahora?

-¡Si señor!

Máximus dejó que el *centurión* siguiera haciendo su trabajo, él no lo habría explicado mejor, solo le cabía la incógnita de ese hombre, no se había peleado con él como con el guardia y Cornelio, pero aun así, este

tenía algo diferente, al menos con él.

4

Ya había llegado la noche y Máximus solo quería regresar a su tienda, no había ganado nada esa tarde, no le dieron las instrucciones de su centuria, no encontró a nadie exceptuando al centurión Cornelio, que lo había saludado amablemente desde la distancia mientras al mismo tiempo vigilaba con ojo de águila el desempeño de sus subordinados, y ¡no había conseguido comida! Con su estómago vacío y una confusión de lo más grande, el recién llegado *centurión* no tenía la más mínima idea de adonde ir, con quien estar, que hacer y lo más importante, ¡¡¡ qué comer!!

Lo único que podía sacar de bueno era el paseo por el campamento, poder observar los *escorpiones*, *auxiliares* y *arqueros*, ver la solidez de las murallas y las tiendas los *equites*, a los que misteriosamente no había visto, "Que raro" pensó, "Quizás estén en una misión de reconocimiento". "Sea lo que fuese lo que les haya pasado tengo que volver a la tienda de Cornelio, y rápido"

Y con este pensamiento que lo distraía chocó con una sombra misteriosa (de nuevo), que al pensar que era el *primus pilus* dijo:

-¡¡Cornelio!!¡¡Perdona!!..., no te he visto... de nuevo, creo que si te invitase unas copas podrías dejar pasar el castigo por esto, Jejeje...

Entre asustado y en broma Máximus mencionó lo del vino, cuando en realidad apenas tenía dinero para comprar una hogaza del mejor pan (duro y negro) del que podía haber en toda la *legión*, había perdido más de 20 *sestercios* en una apuesta con un par de *legionarios* de la *V Cohorte*, para adivinar que castigo recibiría un *auxiliar* que había lanzado su *pilum* a tres *pies* de la cara Cornelio.

...

Mientras Catus y Phoenix(los legionarios) pronosticaron que recibiría 30 latigazos y Máximus se inclinaba a que limpiaría las letrinas, un *centurión*, el mismo al que había visto Máximus entrenar a sus hombres tres horas antes, se acercó y para sorpresas de los tres afirmó:

-¡Ja!¿Qué clase de castigos piensan ustedes que hay en las *legiones*?¿Latigazos?¿Letrinas? Jajá, Apuesto 50 *sestercios* a que lo mandan a

dormir afuera como el perro lisiado que es, y 60 sin tienda inclusive.

Los tres hombres se miraron asustados y asombrados ¿Quién se atreve a apostar esa cantidad por algo tan estúpido? Lo que equivale a la mitad de un sueldo de medio año, perdido por una burda apuesta de que castigo recibirá un perro galo que no sabe tirar la lanza, aunque asustara semejante exclamación, los tres en una mirada rápida aceptaron la apuesta. Seguro la sobredosis de seguridad le jugaría en contra.

Pero mayor fue la sorpresa cuando el propio Cornelio pidió la palabra al *centurión* despilfarrador.

-i*Centurión* Tiberius!, ¡que grata sorpresa el tenerlo aquí observando el entrenamiento de estos perros sin futuro! ¿Puede su sabio consejo decirme que hacer con este indeseado que ha osado errar su lanzamiento tan cerca de mi trasero?

Los *legionarios* y Máximus se miraron apenados, sabían que es lo que diría el hijo de su madre, y sabían que no era nada bueno para ellos, al menos para sus bolsillos.

-Cornelius, estos tres de aquí- apuntando a Castus, Máximus y Phoenix- me han aconsejado que lo mandes a dormir con los bandidos y comerciantes a la puerta del campamento.

Aparte de las risotadas de los demás oficiales, Máximus solo quería irse, las personas de ese maldito campamento le daban mala suerte. Y cada vez se ponía peor.

-iMe parece una gran idea! ¿*Centurión* Máximo? ¿Es usted? ¡Maldición! Mi vista empieza a fallarme de nuevo, ¡qué bueno es tenerlo aquí! ¿Está usted de acuerdo con lo que dice el *centurión* Tiberio no?

Intentando proteger su dinero y, por qué no, el de sus compañeros, Máximus se animó a contestar.

-No del todo en realidad, no sería darle mejor unos latigazos para que no se vuelva a repetir.

Cornelio se lo quedo mirando petrificado, como si hubiera visto a Medusa en la cara de Máximus, pero luego de un largo rato exclamó:

-iExcelente idea Máximo! ¡Se nota a distancia que eres un *centurión*! Este indisciplinado recibirá 30 latigazos y luego irá a dormir afuera como el perro que es.

-¡Centurión! ¡Mándelo a dormir sin tienda de campaña también!

-¿Sin tienda? Qué clase de sucio desalmado con corazón de piedra hace eso. ¿Por qué lo quieres así Tiberio?

-Para que el dulce canto de los *druidas* le ayude a pasar la noche.

Y lo último que recordaría Máximus esa tarde serían las risotadas sin control y las burlas dirigidas al pobre *auxiliar* que, para su horror, no era ni más ni menos que Claudius, el guardia que lo había recibido la primera noche, otro motivo más para odiarle a él era lo que tendría el hombre para pensar durante toda la noche.

Además, con la mención de los latigazos no solo perdía con Tiberius sino también con Catus y Phoenix, que se reían descontroladamente detrás de él.

“Que día de mierda” pensó Máximus, “Y solo es el primero”.

Y así fue como Máximus Quintillus Amadeus perdió medio sueldo en diez minutos.

...

De tanto recordar eso, Máximus no se había dado cuenta de que la persona con la que tropezó seguía delante de él, esperándolo cayado e impaciente en frente suyo. Como si el hombre hubiera esperado todo el tiempo en que Máximus pensó lo que le había pasado esa tarde, pero al final, cuando él se aprestaba para volver a la tienda, el personaje le interrumpió:

-Parece que tienes una memoria muy estrecha ¿No te acuerdas de mí?

-¿Pero Que...? ¡Claro! Discúlpame *centurión* Cornelio. Por supuesto que.... espera...

Tú no eres Emilio.

-No, pero sí soy *centurión*- y diciendo esto caminó hacia la luz donde pudo verse claramente su rostro-Y creo que ya me conoces- era el *centurión* que estaba entrenando a sus hombres y el que había hecho la descarada apuesta con Castus y Phoenix-Aunque... No sé si me conoces a mí.

Máximus no sabía que contestar, entre la rabia por la apuesta y por esa entrada criminal con la que lo había encarado.

-Si... supongo, ¿Tiberio no?

-Así es- respondió sobadora y orgullosamente- Cayo Tiberio Afer, *centurión* de la cuarta *cohort*e de la X *Legión*.

Amadeo, esperando que le recitara todo su historial militar, se disculpó para volverse por donde había venido.

-Un placer conocerte, pero debo volver a mi tienda, sea hace tarde y

Capítulo 2

2

Cuando Máximus se despertó y vio el campamento de la Décima se quedó maravillado y esta vez, atónito. Había pasado un día desde que había ocurrido el altercado con el guardia y Claudius, precisamente la noche anterior, cuando los dos guardias lo dejaron pasar era demasiado tarde y en el campamento la gran mayoría de los legionarios estaban durmiendo por lo que le costó mucho encontrar al Tribuno Mayor, un tal Gaio Terencio Varrón que para su asombro y decepción no se encontraba en el campamento sino en la capital romana provisoria de César, la ciudad de Puerto Icio, organizando (para asombro y molestia de Máximus) nada más ni nada menos que las levas de reclutamiento, el dichoso tema con el que casi se agarra a los golpes con el guardia.

De no ser por un amable centurión que rondaba por las tiendas, aparentemente cuidando que los legionarios no crearan problemas, (aunque Máximus por su experiencia sabía que el paseaba simplemente para castigar al primero que viera) Máximus habría estado toda la noche buscando al maldito tribuno que graciosamente se encontraba a cientos de millas romanas lejos de ahí, además Él no solo le dio la información sino también, le dio cobijo en su propia tienda, razón por la cual Máximus estaba bien despierto pues de lo contrario, habría tenido que dormir con los caballos en los establos.

Máximus nunca olvidaría el hospedaje que le brindó el centurión, que para impresión de él era nada más ni nada menos que el Primus pilus de la legión, el centurión de la primera centuria de la primera cohorte de la X Legión, el cargo más importante al que un legionario de clase media-baja podía aspirar. La figura sobre el que recaía el importante cargo respondía al nombre de Cornelio Emilio Tulo, un nombre igual desevero como lo es el hombre en sí.

El recién llegado centurión aún recordaba la conversación.

Como la noche eran tan oscura, Máximus casi se llevó por delante la tienda de unos auxiliares que, luego del tropezón, profirieron unos insultos casi inentendibles desde el interior de la carpa. Posterior a eso, se paró en seco en medio del campamento, pues no tenía idea de dónde estaba parado, y tampoco pudo ver la figura alta que se acercaba intimidantemente por detrás.

-¿Puedo ayudarte en algo muchacho?- interpeló el centurión mayor con total soltura y neutralidad, pero ocultando perfectamente su molestia, ya

que todas las noches siempre encontraba a un rezagado merodeando perdidamente a causa del alcohol o de una paliza por una apuesta en la taberna por lo que cada día perdía aún más las esperanzas de que alguna vez dejase de trabajar de niñera con aquellos que no cumplían con las reglas del campamento; a pesar de esto el centurión se encontraba de buen humor (algo muy raro en cualquiera de ellos) por lo que olvidó momentáneamente la falla disciplinaria, otra vez.

-¿Ehh?..-Máximus no había visto la figura negra que se acercó atrás suyo, por lo que le costó mucho darse cuenta de que era un hombre.-Sí, Sí. Por favor legionario si fuera tan amable de indicarme por dónde se encuentra la tienda del tribuno, como verás ya es muy tarde y quiero encontrarlo así ya puedo irme a dormir feliz.

Cornelio estaba exasperado, nunca antes lo habían llamado como a un simple soldado y mucho menos confundirle con un legionario, hacía más de quince años que era centurión y hace seis que era primus pilus. Por lo que se acercó lentamente hacia la luz de la luna para que la claridad le hiciera ver al patético soldado quien era en realidad.

Cuando el primípilo se acercó lentamente hacía el, Máximus pudo ver su armadura y las phalerae que adornaban su pecho, solo ahí cayó en la cuenta de quién se le había acercado, y recordando la accidental falta de respeto le embargó un rápido escalofrío.

-Creo que alguien por fin va a limpiar las letrinas hoy....no sin antes recibir una bonita...muy bonita lección por faltar el respeto.

Y bien terminó de decir esto, Cornelio saco a la luz la vitis, y a Máximus la simple imagen de la vara de vid que tanto odiaban los legionarios le trajo recuerdos de sus tiempos como recluta en la IX, y su incontable cantidad de latigazos, por lo que le aterró el tener que pasar de nuevo por esa experiencia, ¡siendo el centurión!! Sería inaceptable, para su historial y para su baja autoestima.

-¡Disculpe mucho señor!! No sabía que era centurión.

Cornelio dibujó una sonrisa en su cara, cuantas veces había escuchado eso.

-¡Ja!lo mismo dicen todos...

Con la mano derecha Cornelio levanto la punta de la vitis y la hizo golpear un par de veces en la palma de la mano izquierda, la típica señal de que alguien iba recibir un muy bonito golpe, generalmente en el trasero.

-Espere... ¡¡ ¿QUÉ?!!

-Ven conmigo soldado. No lo hagas más difícil... o será peor.

Máximus se encontraba en la misma situación que con el guardia, o le decía porque estaba ahí y quien era... o no podría ir al baño por el resto de la semana. Así rápidamente decidió sacrificar la relevancia por la dignidad de su trasero, ya se lo agradecería cuando fuera a defecar.

-No, no. ¡NO!. Señor no soy un legionario, soy un centurión, me han enviado de la IX Hispana a la X. Busco al maldito tribuno para poder hacer el traspaso de una maldita vez.

Cornelio se detuvo de lleno, a dos pasos de él podían verse los oscuros ojos negros del oficial, cuya vista se hundía ferozmente en la estúpida mirada alegre de Máximus, que hacía todo para salir de ahí.

-¿Cómo sé que lo que dices es verdad? Cualquier imbécil podría inventarme una estupidez así para zafar de un buen castigo. ¿O acaso quieres dormir afuera de las murallas?- Máximus se quedó con la boca cerrada, no esperaba un contraataque así- ¡¡RESPONDE MIERDA!!

-Sí Señor, si soy de la IX, estuve al lado de Julio César en todas sus campañas en Hispania, luché contra los lusitanos sometiendo a los demás pueblos de Iberia. Mire...- Máximus aterrado le mostró el casco con el penacho de crin al rojo vivo, ya que estaba desesperado por largarse de ahí, el maldito era más inteligente de lo que pensó- lo ve, si soy centurión,...solo quiero ir a dormir Señor.

-Es cierto, pero entonces... ¿Cuál es tu nombre muchacho?

Otra vez esa maldita pregunta, cuantas veces más tendría que contestarla.

-Máximus...señor...Máximus Quintillus Amadeus. Y soy centurión de la Sexta centuria de la Tercera Cohorte de la IX Legión señor.

Cornelio levantó la mirada y la mantuvo durante unos segundos sobre los ojos del chico, valoraba esa clase de sinceridad, especialmente en los soldados, lo que por sí solo hablaba bien de ellos.

-Ya no más. Bienvenido a la X Legión muchacho. Ahora este es tu hogar Máximus Quintillus. Vayamos a celebrar.

-Pero señor, necesito ver al Tribuno para que...

-Gaio Terencio Varrón se encuentra en Puerto Icio, organizando el reclutamiento de ciudadanos para llenar el espacio sobrante, no lo verás

aquí hasta dentro de ocho semanas.- lo dijo dándose vuelta, como si ya no estuviera hablando con él.

A Máximus le ardía la sangre, el pendejo de la puerta le había mentido o no tenía idea del calendario militar. Luego cayó en la cuenta de que no tenía a donde ir a esas horas.

-¿Qué?... ¿Pero entonces a donde iré...?

-Dormirás en mi tienda, no te preocupes por ello.

-Pero señor, usted no puede...

-Soy el Primus pilus de la X, y puedo hacer lo que me plazca.

Solo ahí Máximus pudo reconocer verdaderamente con quien estaba tratando.

Capítulo 3

3

Como era un día soleado y seco, Máximus podía ver y apreciar con claridad la majestuosidad del campamento, lo primero que observó y que más placer le dio, a pesar de que era sumamente obvio, era la perfecta planificación de este (al igual que todo campamento romano), de hecho esto solo le sorprendía a él, pues, la edificación seguía el plano romano estipulado para la construcción de campamentos militares y, si estos crecían lo suficiente, en ciudades.

Los campamentos romanos eran edificaciones rectangulares y sumamente precisas, cuando se estaba en campaña y el ejército marchaba el general al mando enviaba una avanzadilla compuesta por caballería al mando de un tribuno con una doble misión, reconocer el territorio y localizar un terreno apto para la construcción del campamento. Los requisitos para edificar uno eran casi siempre los mismos: un terreno alto y plano con disponibilidad de agua (a Máximus eso no le sorprendió, recordando que atravesó un riachuelo para llegar al campamento), con bosques cerca pero lo suficientemente lejos de ellos para evitar una emboscada y que se encontrara cerca de una carretera o ruta comercial. Una vez que el tribuno encontraba un lugar con los requerimientos avisaba rápidamente al Estado Mayor del ejército y este a su vez al general, por lo siguiente, el ejército se desplegaba haciendo que la mitad de los legionarios tomaran sus herramientas de construcción (hachas, rastrillos, martillos, etc.) y se dispusieran a construir mientras la otra mitad montaba guardia a cinco pasos de ellos con sus escudos y armas listos en caso de que el enemigo atacara, cambiando de turnos cada tanto hasta que el campamento estuviera listo.

Una vez que el campamento estaba listo se disponían a colocar las tiendas de los soldados y todo el ejército incluido ingenieros y médicos cirujanos, empezando por la del general, siguiendo con la de los legados, siguiente las tiendas de los tribunos, luego la de los centuriones y por último la de los soldados, es decir, legionarios y auxiliares. Si el campamento era temporal, las tiendas eran de cuero, pero si el campamento permanecía por mucho tiempo y se convertía en el cuartel general, los edificios pasaban a edificarse con ladrillos y madera, como una casa normal, señal de que el campamento sería permanente. En caso contrario, es decir que el campamento fuera solo temporario o que fuera construido para luego proseguir la marcha, se lo abandonaba y se lo destruía para evitar que el enemigo lo utilizase en el futuro.

Así de fácil es la construcción de un campamento romano.

Mientras el joven centurión se paseaba por los alrededores de las tiendas de los legionarios podía apreciar bien de cerca el milagro de la ingeniería romana, las tiendas de los soldados, tanto legionarios, auxiliares y equites se encontraban a 70 metros de las murallas interiores en caso de un ataque con proyectiles enemigos. Pudo también ver a los defensores apostados en las almenas, los arqueros con sus cotas de mallas y sus carjacs repletos de flechas. Pero lo que más le impresionó fue cuando pasó por debajo de un par de soldados que estaban engrasando y probando un escorpión que sobresalía intimidante de la muralla, dispuesto a destripar a cualquiera que estuviera a más de 100 metros.

Las cuerdas de la maquinaria, hechas de fibra vegetal ejercían una enorme presión sobre los brazos de este, dotándole de una brutal fuerza de penetración que aumentaba peligrosamente a medida que el objetivo se acercaba.

Durante su servicio en Hispania, Máximus había escuchado historias y relatos de los centuriones y legionarios más veteranos sobre cómo las cabezas de los enemigos explotaban como sandías a causa de los precisos disparos de los escorpiones romanos, él no había podido nunca ver a los escorpiones en acción, pero sin saber por qué, tenía la sensación de que durante su estadía en la Galia iba a ver lo mejor y lo peor que esas máquinas podían hacer, como hace antaño hicieron retroceder y aterrizar a los lusitanos durante las campañas de César.

Siguiendo su marcha sobre el campamento de la X, puedo ver a un grupo de legionarios, seguro reclutas, que practicaban golpeando a un palus, el poste de madera que clavado en el suelo servía de oponente de práctica para el adiestramiento con armas, usado tanto por legionarios como gladiadores. Los jóvenes soldados (que seguramente nunca usaron un arma en su vida) golpeaban al poste débilmente por culpa de la fatiga que les causaba el usar los rudis, la réplica del gladius romano pero hecha de madera y con el triple de peso que las espadas genuinas. Máximus volvió a recordar sus tiempos de novato y se vio a él mismo golpeando el palus y retorciéndose de dolor a causa del peso y la fatiga muscular que le generaba, viendo la cara de uno de los legionarios le llegó el recuerdo su amigo Glario, lo había conocido exactamente en la misma situación, para ese entonces él tenía unos diecisiete años y Glario casi diecinueve, "¿O quizás teníamos la misma edad? No lo sé." no logra recordar mucho de él, los dos fueron escalando puestos de mando hasta llegar a ser centuriones, Máximus de la Segunda Cohorte y Glario de la Tercera. La última vez que lo vio fue en el campamento romano en Hispania, cuando César iba a ir a luchar la última batalla contra los lusitanos, pues su amigo había sido seleccionado con su centuria el ir a combatir mientras que Máximus había quedado como encargado de la puerta y seguridad del fuerte. A él no solo le llegaron noticias de que César había vencido y que Glario estaba vivo, sino que además también se enteró de que el aporte de él en la batalla fue decisivo y que Julio César decidió transferirlo a otra legión que necesitara

de sus servicios, todo esto lo supo por medio de un carta que Glario le dejó en su tienda el día anterior a su partida, igualmente, nunca le pudo decir adiós.

Y seis meses después le toco el mismo destino solo que en otra legión a millas de donde seguro estaba él. Máximus sabía que no lo volvería a ver así que se decidió por dejar de pensar en eso o le provocaría más dolor inútil.

El sonido del choque de espadas lo devolvió a la realidad, los dos reclutas luchaban entre sí con energías renovadas solo que ahora estaban bajo la atenta mirada de un centurión. Máximus recordó el episodio de la noche anterior y decidió permanecer lejos de este para evitar problemas, ya que por alguna razón todos a los que conocía en la X lo trataban como a un pendejo así que no quería tener roses con alguien una tercera vez.

-¡¡BIEN RUTILUS BIEN!!¡¡Golpea más a la cabeza!!¡¡GLABER!!¡¡Esquiva las estocadas y apunta al estómago!!

La gruesa y masculina voz del centurión y la dura crítica hacía sus hombres hizo que Máximus centrar su atención en él. El hombre era bello y más alto que el guardia y el primípilo, aparentemente tenía la misma edad que Máximus y su mismo porte físico. Con respecto a la observación de su autoridad, Máximus había llegado al punto de que el hombre era un centurión con varios años de edad, ya que dirigía mejor que él la instrucción de los tiros, es decir, los reclutas.

Justo cuando centro su mirada en él, el centurión levantó su vista y sus miradas chocaron. Estuvieron suspendidos bajos unos largos segundos hasta que el soldado Rutilus rompió el silencio.

Tiberius siguió mirando a Máximus, pues ni siquiera oyó la pregunta de su propio subordinado, ambos centuriones se encontraban sumergidos en un silencio terrenal, como si no estuviesen en un lugar con personas. Al final, el llamado del mismo soldado devolvió a Tiberius a la realidad.

-Ah... ¿Señor?

-¿Ehh, Que?..¿Puedes repetirme la pregunta Rutilus?

Mientras el legionario le planteaba su pregunta al centurión Máximus también pudo salir de ese trance y volverse a centrarse a su alrededor.

-Ya lo he dicho el primer día de instrucción Rutilus. Estos rudis no son para combatir, son para agarrarle la mano a la lucha y pesan el triple porque si dominas esta espada, usar el Gladius Hispaniensis será pan comido. Al igual que con los enemigos con los que te enfrentes. ¿Entiende

ahora?

-¡Si señor!

Máximus dejó que el centurión siguiera haciendo su trabajo, él no lo habría explicado mejor, solo le cabía la incógnita de ese hombre, no se había peleado con él como con el guardia y Cornelio, pero aun así, este tenía algo diferente, al menos con él.

Capítulo 4

4

Ya había llegado la noche y Máximus solo quería regresar a su tienda, no había ganado nada esa tarde, no le dieron las instrucciones de su centuria, no encontró a nadie exceptuando al centurión Cornelio, que lo había saludado amablemente desde la distancia mientras al mismo tiempo vigilaba con ojo de águila el desempeño de sus subordinados, y ino había conseguido comida! Con su estómago vacío y una confusión de lo más grande, el recién llegado centurión no tenía la más mínima idea de adonde ir, con quien estar, que hacer y lo más importante,iii qué comer!!

Lo único que podía sacar de bueno era el paseo por el campamento, poder observar los escorpiones, auxiliares y arqueros, ver la solidez de las murallas y las tiendas los equites, a los que misteriosamente no había visto, "Que raro" pensó, "Quizás estén en una misión de reconocimiento". "Sea lo que fuese lo que les haya pasado tengo que volver a la tienda de Cornelio, y rápido"

Y con este pensamiento que lo distraía choco con una sombra misteriosa (de nuevo), que al pensar que era el primus pilus dijo:

-iiCornelio!!iiPerdona!!..., no te he visto... de nuevo, creo que si te invitase unas copas podrías dejar pasar el castigo por esto, Jejeje...

Entre asustado y en broma Máximus mencionó lo del vino, cuando en realidad apenas tenía dinero para comprar una hogaza del mejor pan (duro y negro) del que podía haber en toda la legión, había perdido más de 20 sestercios en una apuesta con un par de legionarios de la V Cohorte, para adivinar que castigo recibiría un auxiliar que había lanzado su pilum a tres pies de la cara Cornelio.

Mientras Catus y Phoenix(los legionarios) pronosticaron que recibiría 30 latigazos y Máximus se inclinaba a que limpiaría las letrinas, un centurión, el mismo al que había visto Máximus entrenar a sus hombres tres horas antes, se acercó y para sorpresas de los tres afirmó:

-iJa!¿Qué clase de castigos piensan ustedes que hay en las legiones?¿Latigazos?¿Letrinas? Jajá, Apuesto 50 sestercios a que lo mandan a dormir afuera como el perro lisiado que es, y 60 sin tienda inclusive.

Los tres hombres se miraron asustados y asombrados ¿Quién se atreve a apostar esa cantidad por algo tan estúpido? Lo que equivale a la mitad de un sueldo de medio año, perdido por una burda apuesta de que castigo recibirá un perro galo que no sabe tirar la lanza, aunque asustara

semejante exclamación, los tres en una mirada rápida aceptaron la apuesta. Seguro la sobredosis de seguridad le jugaría en contra.

Pero mayor fue la sorpresa cuando el propio Cornelio pidió la palabra al centurión despilfarrador.

Los legionarios y Máximus se miraron apenados, sabían que es lo que diría el hijo de su madre, y sabían que no era nada bueno para ellos, al menos para sus bolsillos.

-Cornelius, estos tres de aquí- apuntando a Castus, Máximus y Phoenix- me han aconsejado que lo mandes a dormir con los bandidos y comerciantes a la puerta del campamento.

Aparte de las risotadas de los demás oficiales, Máximus solo quería irse, las personas de esemaldito campamento le daban mala suerte. Y cada vez se ponía peor.

-¡Me parece una gran idea! ¿Centurión Máximo? ¿Es usted? ¡Maldición! Mi vista empieza a fallarme de nuevo, ¡qué bueno es tenerlo aquí! ¿Está usted de acuerdo con lo que dice el centurión Tiberio no?

Intentando proteger su dinero y, por qué no, el de sus compañeros, Máximus se animó a contestar.

-No del todo en realidad, no sería darle mejor unos latigazos para que no se vuelva a repetir.

Cornelio se lo quedo mirando petrificado, como si hubiera visto a Medusa en la cara de Máximus, pero luego de un largo rato exclamó:

-¡Excelente idea Máximo! ¡Se nota a distancia que eres un centurión! Este indisciplinado recibirá 30 latigazos y luego irá adormir afuera como el perro que es.

-¡Centurión! ¡Mándelo a dormir sin tienda de campaña también!

-¿Sin tienda? Qué clase de sucio desalmado con corazón de piedra hace eso. ¿Por qué lo quieres así Tiberio?

-Para que el dulce canto de los druidas le ayude a pasar la noche.

Y lo último que recordaría Máximus esa tarde serían las risotadas sin control y las burlas dirigidas al pobre auxiliar que, para su horror, no era ni más ni menos que Claudius, el guardia que lo había recibido la primera noche, otro motivo más para odiarle a él era lo que tendría el hombre

para pensar durante toda la noche.

Además, con la mención de los latigazos no solo perdía con Tiberius sino también con Catus y Phoenix, que se reían descontroladamente detrás de él.

“Que día de mierda” pensó Máximus, “Y solo es el primero”.

Y así fue como Máximus Quintillus Amadeus perdió medio sueldo en diez minutos.

De tanto recordar eso, Máximus no se había dado cuenta de que la persona con la que tropezó seguía delante de él, esperándolo cayado e impaciente en frente suyo. Como si el hombre hubiera esperado todo el tiempo en que Máximus pensó lo que le había pasado esa tarde, pero alfinal, cuando él se aprestaba para volver a la tienda, el personaje le interrumpió:

-Parece que tienes memoria de corto plazo. ¿No te acuerdas de mí?

-¿Pero Que...? ¡Claro! Discúlpame centurión Cornelio. Por supuesto que.... espera...

Tú no eres Emilio.

-No, pero sí soy centurión- y diciendo esto caminó hacia la luz donde pudo verse claramente su rostro-Y creo que ya me conoces- era el centurión que estaba entrenando a sus hombres y el que había hecho la descarada apuesta con Castus y Phoenix-Aunque... No sé si me conoces a mí.

Máximus no sabía que contestar, entre la rabia por la apuesta y por esa entrada criminal con la que lo había encarado.

-Si... supongo, ¿Tiberio no?

-Así es- respondió sobadora y orgullosamente-Cayo Tiberio Afer, centurión de la cuarta cohorte de la X Legión.

Amadeo, esperando que le recitara todo su historial militar, se disculpó para volverse por donde había venido.

-Un placer conocerte, pero debo volver a mi tienda, sea hace tarde y estoy cansado.

Máximus evitó dar el detalle de que dormía en la tienda de Cornelio, pero

pareció que Tiberio le leyó la mente.

-Sé que el primus pilus te ha ofrecido sus aposentos.

-¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

-El mismo me lo dijo esta tarde.

“Maldito Cornelio”

-Además...- y dejó que sus palabras se desvanecieran para terminar la frase-. Dijiste que me pagarías una copa.

-¿Qué? ¿Yo? ¡JAJAJA! ¿Con que dinero? Te olvidas que me arrebataste lo poco que tenía esta tarde. ¿O tampoco lo recuerdas?

Pero Tiberio se defendió mejor de nuevo

-Así es. Y no lo olvidaré en años, pero como eres nuevo pagaré yo entonces.

-¿Tu? ¿Con tu dinero?

Y cuando Tiberio se marchaba se dio la vuelta y con una sonrisa le dijo:

-Es lo mismo. Si al final es tu dinero.

Capítulo 5

5

Cuando Máximus entró en la tienda de campaña de Tiberius quedó ligeramente asombrado por el tamaño y la profundidad de ella, en parte porque no se había fijado en la tienda de Cornelio la noche en que durmió con él y por otro lado porque durante todo su servicio en la IX Hispana jamás había visto ni mucho menos le habían dado semejantes aposentos los que cobijarse al abrigo del invierno y más aún en tiempos de campaña.

La habitación, al menos en el interior, estaba revestida con cuero reforzado, de una consistencia amarronada oscura, a la mitad de la pared del costado izquierdo, un pequeño mueble, de esos que se usan como cofres, se alzaba humilde pero firme, con unos bellos grabados y dibujos mitológicos de color dorado en la tapa. Por encima un diminuto plato de barro sostenía una gruesa vela cuya llama flameaba tambaleante sobre sí, al lado, se encontraba una pequeña figura de arcilla de un hombre joven cuya mano derecha agarraba el cuello de un toro y con la izquierda sostenía un puñal, sobre su cabeza había un extraño gorro frigio. "Que extraña figura" pensó el joven "seguramente es de algún semidiós o deidad". La pequeña figura se mantenía erecta y desafiante, como si con su mera presencia vigilase a todos los que entraban en la carpa, clavándole la vista a cada uno de ellos. En el otro costado de la tienda se encontraba en el suelo un gran baúl de madera del tamaño de un hombre acostado, en él se veía el trabajo rústico de un artesano el cual le había puesto una delgada placa de metal a las terminaciones del cofre dándole un aspecto fuerte y amueblado. Máximus pensó, de forma obvia, que en él se debían guardar los sueldos y salarios de Tiberio, junto con su espada, armadura, objetos personales y recuerdos de su vida en las legiones. En el centro, una extensa piel de un enorme oso negro cuyas fauces intimidantes señalaban la entrada, se estiraba en el suelo a modo de alfombra salvaje, dándole al visitante cierto aura de comodidad, por último bien al fondo se encontraba una alargada mesa que de seguro debía ser el escritorio personal del oficial, sobre él habían dos velas, una a cada lado de los extremos, en el centro del escritorio se ve un extenso papel y por encima de él una majestuosa pluma de cisne en un cuenco de barro que de seguro contenía tinta negra, encima del escritorio por el lado izquierdo se podían apreciar unos pliegues de papiros enrollados entre sí y algunos de ellos inclusive con el sello color rojo sangre aún fresco. Por detrás del escritorio, atado a la pared, se tambaleaba flameante y orgulloso, el estandarte de la Décima.

"Malditos perros, ni carpas decentes solían darte" pensó Máximus

rememorando los tiempos en la Hispana.

Mientras observaba lenta y cuidadosamente cada detalle de la carpa, Máximus pensó en qué clase de centurión normal no había apreciado nunca una tienda de oficial.

“De seguro yo no soy ningún centurión normal” Se dijo así mismo, pensando en todas las adversidades por las que había pasado hasta llegar allí, la mayoría de ellas sin sentido común.

“Con esto confirmo que la IX era una Legión de miserables”

Y este pensamiento le hizo que estirara un sonrisa de oreja a oreja, recordando su travesía desde que puso un pie en el campamento hasta ese mismo instante, evocando cada uno de los infortunios que había tenido, pero esta vez con una mirada un tanto más graciosa y cómica, su primera conversación con Cornelio, el gracioso diálogo con Claudius en la puerta y la apuesta pérdida hace unas horas. Por más mal que la hubiera pasado, había conocido gente buena y de calidad, y eso, vale más que la mejor tienda del mundo.

“Quizás este lugar no sea tan malo después de todo”

Y siguió observando lenta y plenteramente cada fina parte del contorno de la carpa, con su mueca feliz y tonta, de esas típicas de los niños pequeños que fingen ser inocentes, como si jugase a atrapar con su vista cada objeto que allí se encontraba. Sin embargo, esta se cortó cuando su mirada chocó con la de Tiberius que, de igual forma, le observaba con la misma expresión serena, como si riera dentro de sí de la sonrisa de Máximus.

-¡Con la forma con la que miras mi tienda pareciera que has dormido toda tu vida al aire libre!- y terminando de decir esto estallo en una carcajada descontrolada que Máximus compartió con el- No te preocupes, todos se asombran la primera vez que entran aquí, ¡y parece que les gusta! ¡porque nunca es la última!- y soltando otra risotada, tomó una copa de plata que tenía guardada en el cofre, vertió en ella el líquido de un ánfora que estaba al lado del escritorio y se la ofreció a Máximo- Toma mi buen amigo, el vino ayuda a ahuyentar las penas y a soltar la lengua...Así que.. ¿Máximo no?

-Así es, de la Sexta centuria de la Cuarta...

-No me lo digas, Cornelio ya me lo contó todo. ¿Vienes en reemplazo de los centuriones que cayeron en Aquatuca?

-Exacto- se limitó a decir, pues no tenía idea de que hubiera habido una derrota y mucho menos sabía de su llamamiento por esa razón-Espero no

seguir su suerte.

-No desfallezcas centurión, la X se encuentra acantonada en estos páramos de hace ya un año, nadie ve motivo alguno para...

-¡¡Así que no esperan a sus subordinados ni a sus propios hombres en el momento del jolgorio!!¿Qué clase de ejemplos estamos dando a nuestro recién llegado centurión Máximo?¡¡ Además de haberse tomado TODO el vino!!

Ante el susto y la voz del primus pilus Cornelio, Máximus instintivamente se paró y saludo a su superior antes de que se diese cuenta siquiera que quien era y que hacía.

-Ahórrese lo de mentiroso Tiberio, me decepciona el que no le haya dicho a nuestros muchachos sobre la invitación. Aunque creo que ahora eso poco importa.

Y detrás de Cornelio podían verse a Castus y Phoenix, los dos legionarios con los que había perdido la apuesta, ambos le sonreían alegremente, y al otro costado del primus pilus podía verse la silueta de un encapuchado, que a la luz sería nada más y nada menos que Claudius, el auxiliar que lo había parado en la puerta y el que gracias a él había sido castigado esa misma noche. Y a diferencia de los dos galos.

En su mirada había un odio profundo hacia él.

Capítulo 6

6

- Castus ¡Maldito arverno asqueroso! ¡Pásame el meao de burra antes de que yo lo busque por encima de tu cara!

-Ya veo que le gusta mucho nuestra cerveza señor.

- ¡No me gusta tu asquerosa bebida galo! (respondió el centurio Emilio a Phoenix fingiendo cólera) La tomo porque es lo único consumible que hay en diez millas a la redonda del campamento. Además (hizo una corta pausa pensando en algo en que decir) entre esta mierda que beben y la basura que los inútiles indisciplinados que mando a limpiar las letrinas encuentran, y dicho sea de paso ¡ambas son mierda! ¡¡No hay diferencia!!

Por un momento el grupo quedó en silencio viendo como Emilio arrebatava violentamente el odre de cuero de las manos de Castus, para posteriormente agarrarlo, quitarle la tapa y observar por la boca de la cartera el líquido negro.

-Quizás eso mate tu lengua si lo bebes, pero te aseguro que el vino no muerde Cornelio- dijo con una sonrisa sarcástica Tiberio al centurión, que no paraba de mirar por la boquilla.

- Se equivoca señor- comentó Phoenix cansado de explicar siempre lo mismo- Esto que los galos consumimos se llama Cerveza señor.

Castus observa pacientemente la escena, esperando el momento. Finalmente Emilio, encogiéndose de hombros, se decide a tomar, y justo cuando el centurión estira su cuello para chupar la boca del odre, Castus, con una sonrisa de oreja a oreja exclama.

-¿Y por qué cree que le decimos meada de burro, señor?

No paro de terminar la oración y Cornelio escupió el líquido que tenía en la boca (que no era poco) sobre la mesa en la que estaban los vasos de los demás. Los otros estallaron de risa si contemplación. Tiberio se reía tan descontroladamente que empezó a golpear la mesa haciendo caer los vasos al suelo.

-¡Malditos! ¡No sabía que lo decían literalmente!

Todos se divertían en aquella pocilga, excepto Máximusqué, indiferente a la compañía de sus amigos, miraba detalladamente la estructura del edificio que aparentaba ser una taberna, el ambiente no era ni muy grande ni muy chico, por la derecha, pasando tres mesas alargadas se

encontraba la mesada de las bebidas, y detrás de ellas había dos hombres (legionarios o comerciantes quizás) que dormían sobre esta con los brazos recostados y sus cabezas apoyadas sobre ellos.

Más a la izquierda podía ver a dos legionarios que aburridos y a punto de dormirse jugaban a los dados. El primero tiró los dados y sacó un tres y un seis. "Nada mal" pensó Maximus mientras seguía mirando. El otro tomó los dados y comenzó a agitarlos tan frenética y estúpidamente (a propósito) hasta el punto que su compañero empezó a apurarlo mediante insultos. "¡Ja! Me sorprende que no seamos nosotros" pensó el recién llegado centurión con una sonrisa. Luego de tanto agitar, el tipo finalmente los arrojó, los cuales rebotaron en la mesa, haciendo que rodasen extrañamente sobre sí mismos ante la nerviosa mirada del otro legionario. Los dados pararon y se pudo ver claramente los números, un cuatro y un seis. Amadeus empezó a reírse solo cuando vio al desafortunado hombretón empezó a gritar palabrotas y quejarse a voz alta de que hubo trampa, a lo que el otro sonriente y alegre negaba rotundamente.

Hasta que lo vio.

Claudius estaba sentado al lado de Phoenix, lo observaba tan inexpresivamente que parecía una estatua de mármol recién pintada, aunque su mirada ocultaba una profunda disconformidad hacia él. Maximus, tomándolo como un juego, le mantuvo la vista, hasta le sonrió inclusive, pero solo logró tener una incomodidad mayor con él y hasta con el grupo en sí. Cansado de estar en lugares en los cuales no tenía el control de la situación y de estar con personas desconocidamente desquiciadas, intentó levantarse del asiento de madera para emprender una rápida y desapercibida salida. Pero los dioses tenían planes distintos para él.

-¡Hey Amadeus, comparte con nosotros! No te aísles.- era Phoenix que con la alegría que caracteriza a los suyos le movía el hombro derecho para retraerlo de su abstracción.

-Lo siento-contestó él, decepcionado de que su plan de escape fallara tan burdamente - solo miraba a aquellos dos junto con su peculiar forma de jugar los dados.

Todos en la mesa giraron en la dirección que Máximus apuntó y vieron al legionario enojado levantándose de la mesa y al otro sonriendo con un par de monedas en las manos.

-Veo que has conocido al sexto desgraciado del grupo- musitó Emilio entre sarcástico y enojado por ver nuevamente al legionario sentado en la

mesa-¡Terencio!¡Terencio! ¡Ven aquíperro de la Narbonense!

El hombre sentado en la mesa giro su rostro a donde le llamaban, primero su mueca fue de sorpresa, pero luego al reconocer a sus camaradas, especialmente al primípilo, se levantó cómodamente y se dirigió con pasos suaves a donde le llamaban. Ni siquiera reparó en Máximus.

El hombre no era ni muy alto ni muy bajo. Tenía la piel tostada y una fina barba que le recorría de mentón a mentón. Tenía unos ojos marrones y una mirada pícara en ellos. Vestía una túnica marrón y una capa negra que le cubría del estómago hasta el cuello, botas de cuero y el monedero de los legionarios prendido a su muñeca. Tenía el brazo derecho levantado a la altura del ombligo y en su mano sostenía una bolsa de cuero, la cual lanzaba y dejaba caer sobre su mano frenéticamente, el sonido de las monedas dentro de ella denotaba una gran cantidad de ellas. Lo único que resaltaba su oficio de soldado era el cingulum en su cintura.

Subjetivamente, Máximus pudo vislumbrar en su mirada tranquila y divertida un hombre suelto y resuelto, su informal pose con la que estaba parado (exageradamente despreocupado y casi afeminado) confirmaba que se encontraba con alguien con el mismo grado de estupidez que Emilio(o mas) y la soltura vanidosa de Tiberius. Por la forma en la que trato al legionario al que le ganó, Máximus se dijo a si mismo, que era un jugador nato, un hablador, y muy posiblemente (Amadeus llevo a apostar la vida a que sí) un mujeriego. Además, con la manera poco decorosa con la que estaba vestido, más que un legionario, parecía un vago de las calles que disimulaba su borrachera.

-¡Ave Primus pilus!- contesto con una inocente sonrisa Terencio cuando llegó a la mesa, estando a dos pasos de Máximus- Veo que quieres la revancha por ayer...

-¡Insolente!- contestó Emilio procurando ocultar la verdad de lo ocurrido- ¡Pareciera que la paliza que te dí anoche con los dados te ha hecho más mentiroso de lo que eras!

Y todos en la mesa volvieron a reír, en parte por la respuesta de Emilio y en parte porque sabían que mentía.

-Bueno, bueno, bueno, ya lo solucionaremos en el campo de prácticas mañana- finalizó el centurio Tulo sonriendo a causa de la vergüenza, que ahora dirigía su mirada a Máximus, el cual seguía estudiando el comportamiento de Terencio- ¡Terencio! Tengo el honor de presentarte a nuestro nuevo compañero, Máximus Quintillus Amadeus, centurión de la sexta centuria de la Cuarta Cohor... Buenoi De la Novena!-Hizo un pausa mirando a Máximus y prosiguió-¡Máximo! Este es Cayo Terencio Agripino,

el mal nacido más grande el cual tendrás la desdicha de conocer y la pieza faltante en este grupo de anormales en el cuál te integrarás.

“Tiene razón con lo de anormales pero..., ¿Por qué ya me están integrando con ellos?”

-¡Pero donde están mis modales cuando los necesito!- respondió Terencio haciendo una exagerada reverencia (al estilo de los reyes) después de mirar rápidamente a Máximus, el cual, había largado su brazo para saludarlo- Publio Terencio Graeculus ¡Noble legionario y excelentísimo Optio de la primera centuria de la primera Cohorte de la Décima Legión! A sus órdenes.

- Entonces, eso significa que eres el Optio de Emilio.

- Cuando vez que ascienden a patanes como estos es ahí donde te das cuenta de lo mal que esta el sistema- respondió el centurio Cornelio de manera sarcástica.

-Ah, ¡vamos centurión! ¡Acéptelo!, no soporta el estar al lado del oficial más joven, capacitado y por no decir apuesto de la legión. Lo tengo todo, habilidad para el mando, técnica en el combate y predisposición al cumplimiento de los valores militares- Máximus desvió su mirada de Terencio y se volcó en Tiberio, el cual miraba a este con el ceño fruncido- A veces lo mejor es aceptar lo que uno tiene y lo que no también. ¡Los dioses me han hecho para sobresalir de entre los demás de la misma forma que usted nació para mandar a los hombres!

-Tienes razón Terencio, yo nací para mandar a los hombres... ¡mandarlos a limpiar los baños a los tontos como tu que se atreven a decir esas estupideces a esta hora de la noche!-Respondió sarcásticamente y otra vez fingiendo enojo Cornelio-Por Júpiter, ¿acaso te estás escuchando?¿Quién carajos te crees que eres?¿El maldito Hércules en persona? Esa es la estupidez más grande que salió de tu boca desde que dijiste que ibas a cazar a un oso para ponerte su pelo en tu cuerpo para hacer creer a los galos que eras una de sus mujeres.

-Además, con la llegada del centurio Amadeus ya no eres el oficial más joven- respondió Castus sonriendo, el cuál al terminar su oración agarró su vaso y tomó un largo sorbo de su vino aguado (o lo que fuera que sea esa bebida gala) dejando que sus palabras quedaran suspendidas por un largo tiempo.

-¿Qué?- el rostro de Terencio rápidamente cambió de su estado de habitual soltura a una mueca más rígida, lo cuál Máximus disfrutó en su interior y Tiberio mucho más.

-Así es,- continuó Phoenix con su habitual sonrisa inocente- porque el centurión Quintillo tiene.... heeee... Máximus, ¿Cuántos años decías que tienes?

-Veinticinco Phoenix, de hecho, ahora que sacas el tema me haces recordar que nunca lo había mencionado.

Respondió Máximo un poco más resuelto, a medida que la conversación fluía por si sola poco a poco iba sintiéndose más cómodo con sus nuevos amigos, y menos estúpido también.

Claudius seguía sin decir una palabra

-Bueno, siempre hay una primera vez para mencionar cuantos años te faltan para morir ¿No?- comentó Terencio, queriendo recuperar el control de la conversación que había perdido.

-Oh, vamos- se metió Phoenix- La edad no tiene por que ser un seguro de la muerte amigos, tengan todos el ejemplo de mi tío abuelo, que por ser calvo estaba un día escalando una montaña sagrada para mi tribu y tuvo la mala suerte de que por ahí pasaba un águila la cuál llevaba una tortuga en sus garras, al observar a mi abuelo desde el cielo, confundió su calvicie con su nido y dejo caer la tortuga boca arriba sobre la cabeza de mi tío abuelo matándolo al instante. Y tan solo tenía 24 años.

-Casi la edad de nuestro recién llegado centurión- profirió sarcásticamente Terencio observando de reojo a Máximus.

-iOficialmente eso es lo más estúpido que escuche en toda la noche!- exclamó Cornelio con su habitual estado de fingida dureza- iPor esa razón es que ustedes galos deben ser conquistados, no saben usar la libertad y la malgastan haciendo esas pendejadas, de las cuales tu tío, o lo que sea, tuvo la suerte de no lastimar a nadie más!

-Ah si...sobre eso- continuó con su relato Phoenix rascándose con la mano izquierda la parte de atrás de la cabeza- No les dije que después que me mi tío abuelo muriera, su familia fue catalogada como "maldita" y los druidas no tuvieron mas remedio que echarlos de la tribu.

-...

-...Lo peor de todo es que lo que dice debe ser verdad-metió Tiberio con un aire preocupado, no por la conversación en sí, sino por el grado de idiotez a lo que llegaban las personas hoy en día.

-Es por esa razón que hay que matar a todos los druidas, son más

estúpidos que los galos mismos-comento Cornelio

-En eso si estoy de acuerdo contigo amigo mió- exclamó Phoenix después de tomar otro vaso, hasta que luego pensó lo que dijo y agregó- bueno, al menos con la primera parte, nunca me cayeron bien esos tipos.

Maximus bajo la cabeza y oculto una expresión de disgusto, le apenaba que sus amigos pensarán así de los druidas, o que los generalizaran a todos por igual.

Claudius seguía sin mostrar señales de vida emocional alguna.

-Entonces, la conclusión a la que llegamos es que la edad no es lo que te mata, sino tu nivel de estupidez- comentó Terencio intentando terminar con un tema tan aburrido como el que estaban tratando- Con esto me aseguro que conviviendo con ustedes no voy a superar los 30 años.

-Bah, tampoco es tan así- retó Castus, el cuál ahora tenía una ligera embriaguez a causa de la cerveza- En tiempos de mi padre la esperanza de vida de un romano de clase baja era de 33 años.

-¿A sí? ¿Y hoy en día cuál es la esperanza vida de un soldado normal?- inquirió Cornelio fingiendo interés

-¡Cualquiera sea la edad que tengas viejo desgraciado!- se metió Tiberio nuevamente sonriente, a lo que todos respondieron con unas fuertes carcajadas, incluyendo Máximus y una leve sonrisa por parte de Claudius

-¡Malditos sean todos nuevamente!- gritó Cornelio, ahora si enojado de verdad, y eso hacía que los demás se rieran mucho más- ¡Ya les he dicho gusanos que tan solo tengo 44 años! Y aún así soy el más joven de toda mi familia, bueno... suponiendo que sigan vivos claro...

-¡Oye Claudius! Alcánzale esa escoba al tata Tulo para que lo use de bastón y así pueda irse a dormir, pues ya es muy tarde para él- bromeó Phoenix fingiendo una voz femenina, lo cual generó unas risas mayores a las anteriores.

Ahora Claudius si se reía junto a los demás.

-Solo están celosos de que siga vivo a esta altura de la vida, ialgo que seguro ustedes no lograrán! ¡Que los dioses sean testigos de que digo la verdad! ¡De seguro soy el Primus pilus más joven de toda la República.

-¡El menos viejo querrás decir!- respondió Claudius sorprendentemente metiéndose en la conversación con una mirada pícara y burlona, lo que generó risas más violentas en el grupo y unas palmadas en el hombro por

parte de Tiberius y Máximus.

-Ohh,¿Con que así quedamos pequeño Claudius? Tienes suerte de que no estemos en el patio de armas para mandarte a dormir afuera de las murallas junto con los amigables lugareños- contraatacó Cornelio ligeramente sorprendido y a la vez maravillado por la intervención del chico.

-¡Oigan todos cállense! El abuelo va a contarnos sus recuerdos de las legiones- musitó divertido Terencio con sus manos levemente extendidas hacia delante, seguido de eso Phoenix gritando de la risa empezó a golpear con su puño derecho la mesa e hizo caer el baso de Máximus pero a nadie parecía importarle dado el grado de idiotez que emanaba de la conversación.

-Oye Tulo, dinos como conociste a Sócrates.

Y como si el comentario de Tiberio se tratase de una filosa espada, en un segundo las risas se cortaron y reino en la mesa un profundo aire de incomodidad.

-Espera,¿Qué?- se aventuro Terencio a hablar primero después de una larga pausa en silencio

-No me digan que no lo conocen por favor- habló Tiberio exasperado por el nivel de inculturalidad de sus compañeros.

-Esperen, creo que se a quien se refiere- prosiguió Castus defendiendo a Tiberio- Está hablando de ese griego viejo y afeminado que nos trae "prestadas" a las chicas los fines de semana por un bajo precio.

-¡No tonto! Ese es Sócrates, el proxeneta de Massilia. Estoy hablando del filósofo

-...

-No tengo la más puñetera idea de quien es viejo- habló Castus ahora si visiblemente borracho pero con algo de sentido de la ubicación.

-Eso es porque ninguno de ustedes sabe algo de cultura manga de infelices.

-¡Ay! ¡Todo porque lee las obras teatrales de Plauto y las entiende!- bromeó Cornelio mostrando lo inútil que consistía eso cuando en realidad adentro suyo tenia mucha envidia de Tiberio.

-¡Oye! ¡No es mi culpa que no sepas leer ni escribir!- respondió Tiberio sabiendo que le había dado un golpe bajo y que la verdadera diversión

estaría por comenzar.

-¡Espera! ¡¿Qué?!- grito sorprendido Terencio y obviamente alegre de poder molestar de nuevo a su superior-

-Oh,iiiPor favor, no de nuevo!!!

-JAJAJAJA- casi como si fuera un coro entrenado, los demás estallaron a carcajadas al unísono, a Terencio se le callo la bolsa de monedas en el suelo y Phoenix comenzó nuevamente a golpear la mesa.

-¡Vaya vaya centurio!-comenzó de nuevo Terencio con su característica forma de molestar a los demás-¡Cuando crees que ya lo sabes todo sobre tus colegas de trabajo, viene un compañero nuevo al grupo y te enteras de que el Primus pilus de la Legión es analfabeto! Impresionante ¡Cada día puedes sorprendente increíblemente!

-¡¡CÁLLATE!!¡Ayer pude terminar de escribir bien mi primer nombre!

Máximus siempre recordaría esa primera noche de juerga y las risas que estallaron a partir del último comentario de Cornelio, Phoenix se rió tanto que en un mal movimiento su mano no golpeo la mesa (como seguía haciendo) y se golpeo a si mismo tan fuerte que el impacto lo empujo hacia atrás cayéndose del banco, una vez en el suelo sus amigos se fijaron en él preocupados pero se despreocuparon al que este se reía con más fuerza todavía. Inclusive Cornelio, que había recobrado el color claro de su cara después de haberse vuelto rojo como un tomate a causa del enojo reía también. Máximus además vio rodar por su mejilla izquierda una inocente lágrima de gozo, algo que a Máximus le sorprendió muchísimo, primero porque nunca vio llorar a un centurión y segundo, porque mucho menos había visto a uno llorar de alegría.

Rápidamente Cornelio se dio cuenta de su lágrima y se la seco con el nudillo de su mano derecha, luego de esto hizo una pausa, respiro profundo y con una sonrisa exclamó:

-¡Oigan! Quizás afuera sea el rudo centurión que todos quieren ver muerto y que creen que quiere cagarse en los demás, pero aquí, con ustedes, me siento verdaderamente feliz, gracias chicos. Los quiero.

Máximus quedo maravillado por la muestra emocional que mostró Tulo, lo que no había visto en 6 años en la Hispana lo vio en dos noches en la Décima, posteriormente a las palabras de Cornelio, todos, absolutamente todos incluso Claudius (que había sido castigado por el mismo primípilo esa misma noche) le devolvieron el gesto con palmadas y comentarios parecidos.

Luego de eso, todos levantaron sus vasos y brindaron por la llegada de Máximus a la Décima y mucho más por su entrada al grupo como uno más. Con sus vasos en el aire sostenidos por sus brazos, Máximus vio una cálida sonrisa en cada uno de sus camaradas e inclusive en Claudius (que ahora si le devolvía el saludo) y Castus (que apenas podía mantener sus ojos abiertos debido a lo borracho que estaba).

“Quizás no sean tan malos después de todo”-pensó el recién llegado centurio “Quizás son los mejores amigos que podría pedir”

Así, Máximus agradeció el gesto y llevo el baso a la boca, acción que luego fue imitada por todos. Una vez todos vaciaron sus vasos en un sorbido, todos lo abrazaron primero uno a la vez y luego grupalmente a Máximus y le desearon la mejor de las suertes con una canción característica de las legiones: “Hijos de nadie”.

“Quizás, solo quizás, pueda llegar a los 30 años con estos tipos locos”- se dijo a si mismo en modo de broma Amadeus.

Y por primera vez en mucho tiempo, Máximus Quintillus Amadeus, sintió que estaba de nuevo en su hogar.

Capítulo 7

7

Mientras Máximus se dirigía junto con Cornelio a la tienda que recientemente le había asignado el Estado Mayor de la legión no tuvo oportunidad de conversar con Emilio, caminaba observando la disposición de las carpas y la zona en la que se encontraban dentro del enorme enmarañado de edificios que era el cuartel de la legión. Quintillo no dejaba de observar a su alrededor mientras caminaban en la noche, pues esa parte del campamento nunca la había visitado, algo que le sorprendió mucho considerando que ya llevaba tres días desde que llegó.

-Ahh... ¿Emilio?

-¿Si?

-Ah... ¿Dónde estamos?

-Pues en la zona de carpas muchacho- respondió prácticamente bostezando el viejo primípilo, casi sorprendido de que le siguieran haciendo esa clase de preguntas tontas.

-Me refiero a que sector del campamento estamos. Este lugar no parece los establos ni la zona de las tiendas de los auxiliares.

Por un momento, el Primus pilus no oyó la voz de nuestro recién llegado centurión, sus párpados estaban del casi todo cerrados y su cabeza caía lentamente hacía adelante. Pero las últimas palabras del joven le quedaron suspendidas en su mente, abrió los ojos como platos y levantando ágilmente su mentón empezó a escrudiñar a su alrededor.

-¡Tienes razón!- exclamo ahora sí despierto Cornelio, pero sin su habitual mal humor característico- Este lugar no parece a ninguno de los que haya visitado, y eso que este campamento está en pie hace más de dos años.

Máximus empezó a preocuparse, que el centurión superior de la legión no pudiera ubicarse en su propio campamento no era algo de lo que estar feliz, y menos a altas horas de la noche.

- Señor...¿No tiene idea de donde estamos no?

-Silencio, yo no dije eso.

- Lo sé Emilio, pero con tu impresión das a entender que...

-¡Silencio!

-Está bien, solo quería...

- ¡iShhhh!! ¡Cállate y escucha!

Máximus cerró la boca y prestó todos sus sentidos a descubrir el más mínimo indicio que llamara la atención de su superior, escuchó el canto solitario de un búho, el movimiento de las copas de los árboles por el viento afuera del campamento y el zumbido de los insectos en la hierba con reciente rocío. Nada, en la inmensidad y belleza de una noche a cielo abierto Máximus se sentía impotente al no poder atender lo que ...

-¿Lo ves?

- ¿Eh?- la voz del centurión, que ahora si parecía la de él lo trajo a la realidad- Lo siento señor, no percibo nada.

Máximus esperaba esa clase de insultos con doble sentido que caracterizaban a Cornelio por no estar a la altura de sus sentidos, pero en vez de eso el centurio se lo quedó mirando en la misma posición tan fijamente que parecía que no respiraba ni parpadeaba, agregándole que en medio de la noche parecía una especie de estatua autómata salida de las pesadillas. Al fin, movió su cuello muy lentamente dando una última mirada a su alrededor y más lentamente poso sus ojos en Máximus.

- ¿Escuchas las risas de los legionarios o los relinchos de los caballos?

- No señor.

- Dime una cosa Máximus, ¿Cuál es el castigo para un centinela descubierto durmiendo en su turno de vigilancia?

El Joven muchacho tragó saliva lentamente, no sabía a donde quería llegar Cornelio con todo esto.

- La... muerte... señor...

Cornelio le dedicó una aterradora sonrisa.

- Respóndeme Máximus,¿ acaso ves algún centinela por aquella empalizada?

Máximus siguió con la vista a donde apuntó Cornelio, en efecto, las fácilmente reconocibles siluetas de los defensores nocturnos no adornaban aquel sector de las defensas del muro. Pero lo que en verdad importaba

era...

¿Por qué no hay nadie vigilando aquel sector señor?

Y con una mirada orgullosa Cornelio se irguió lo más que pudo y sonriendo confiadamente exclamo:

- Por primera vez en mucho tiempo, no se que esta pasando aquí. Y eso me gusta.

- ¿Y donde carajos se supone que estamos?- Castus cerró su mano derecha haciéndola un puño y lo llevó al frente. Toda sensación de su anterior borrachera en la taberna había desaparecido (producto de un baldazo de agua fría que le había arrojado el Primus pilus Lucio en amigable venganza por sus bromas) y el galo observador y escrupuloso había vuelto.

Detrás suyo, los demás compañeros restantes de la taberna le seguían el paso, el primero era Tiberio, siempre tan recto e impasible (su rostro no denotaba ninguna emoción) se encontraba a tan solo un metro detrás de Castus, y por detrás de él ,cerrando la caravana, Terencio el despilfarrador, con un gesto facial que mostraba enojo, y Claudius el joven auxiliar que vigilaba la entrada en su turno, llevaban de los hombros a Phoenix, el cual aferraba en una mano un ánfora de vino (del lado de Claudius) y en la otra (del lado de Terencio) una pequeña bolsa con monedas que había obtenido mediante una apuesta con Cornelio sobre quien tomaba más meao de burra sin quebrar. A pesar de que Phoenix venciera, el peso de su estupidez le estaba costando caro.

-¡Es la última vez que me junto con ustedes para acabar llevando a un galo apestoso y borracho sobre mis hombros!¡Siempre que hacemos algo termino arreglando alguna clase de pendejada que cometen!- exclamó Terencio, visiblemente harto de tener que estar cargando desde hace quince minutos a un bárbaro con el doble de peso que el a medianoche

- ¡Y eso que tú no eres el causante de esta!- respondió Tiberio entre bromista y cansado de escuchar las quejas del otro- ¿O acaso debo recordar la vez en que nos echaron de esa taberna porque te negaste a saludar por su cumpleaños a la hija gorda del tabernero, a la cuál le gustabas.

-¡Oye! Eso no cuenta como pendejada porque yo los metí y los saque de esa.

- ¡¡Pero igual nos vetaron de por vida del lugar!!- se metió Claudius, el cuál ya estaba llegando al límite de sus fuerzas físicas al cargar por quince

minutos a Phoenix.

-¡Da igual!- cedió Terencio- ... al fin y al cabo ese lugar no era bueno, es más, olía peor que los baños de los contubernios.

-Ehhh.... era...era...- las palabras de Phoenix parecían más que palabras, gemidos de un gato herido- lo recue....recuer...erdooo...biiieen..., eraa...ahh...

-¡Era la taberna del hijo del gobernador Terencio!- recordó Tiberio ahora si enojado por haber traído a la memoria esa poco divertida experiencia- ¡Todos los legionarios teníamos casi gratis las bebidas y tu nos la cagaste a todos!

-¿¿En serio hiciste eso??¡Terencio eres la peor basura que conocí en mi vida!- protestó casi gritando Claudius- Si Tulo lo supiera...

-¡Es Tulio cabrón!¿Todavía no sabes el maldito nombre de tu centurio? No me sorprende que te manden a dormir afuera con los putos galos. Y no, no va a saberlo porque...

-¡Oigan!, ¿Dónde están Máximus y el Primus pilus?- inquirió Tiberio, que recién se había percatado de su ausencia.

- No tengo la menor...idea creo que ambos se fueron por su lado- alegó Claudius esforzándose por recordar el momento en que se separaron del grupo- Aunque no se cuando exactamente.

Callado y observando la situación, Terencio permanecía estático sosteniendo el pesado antebrazo del galo, su atención estaba puesta en la bolsa que llevaba Phoenix, paso mucho tiempo hasta que se dio cuenta de que en su mano derecha oscilaba tambaleante y colgado a su muñeca la bolsa con las monedas de la apuesta. Si solo pudiera alargar su mano un poco...

Castus seguía parado escudriñando el paisaje nocturno, definitivamente no tenía idea de donde estaban. Pero eso no era lo que le preocupaba, miles de veces sea había perdido en la infinidad del campamento en sus primeros días de recluta y más de noche. Lo verdaderamente inquietante era que no reconocía las estructuras que se encontraban a su alrededor, no parecían las tiendas de los auxiliares ni el depósito de armas o la casa del fabri, no, definitivamente algo no andaba bien

-¿Qué quiere decir señor?- preguntó Máximus. Jamás en su sano juicio se

imaginó a un centurión y menos un primípilo decir esas palabras.

-Solo digo que me parece extraño- respondió en voz baja Cornelio sin dejar de mirar a ambos lados, hasta que su mirada chocó con Máximus y supo que debía dar una mejor explicación- Siempre viví en campamentos Máximus, prácticamente sino nací en uno al menos me críe en ellos, los conozco como la palma de mi mano, sé y entiendo su estructura y su buen o mal funcionamiento, donde va esto y aquello, que sector es este y cuál aquel. Y cuando pasas más de media vida viéndolos construirse y desmantelarse cientos de veces ya sabes como deben ser planificadamente y esto, bueno, este lugar es muy...peculiar.

-¿Castus?¿Pasa algo?- preguntó medio asustado Tiberio colocando su mano en el hombro derecho del averno.

Atrás de los dos hombres, Terencio usaba sus largos dedos para desatar el nudo que ataba el cordel de la bolsa de cuero a la muñeca de Phoenix, del otro lado, Claudius observaba con impaciencia a Tiberio y Castus que se encontraban delante de él sin poder escuchar nada de la conversación, mientras que al mismo tiempo giraba su cabeza violentamente al escuchar cualquier ruido a su alrededor.

En el medio de ambos, Phoenix babeaba como si fuera un recién nacido.

- ¡La taberna del gobernador! ¡Era la taberna del hijo del gobernador!- exclamó a voz en cuello Phoenix despertándose inesperadamente.

Terencio y Claudius, estrepitosamente asustados, pegaron casi al unísono un fuerte grito de espanto (de esos que parecen más gemidos de gatos que de humanos) al tiempo que producto de su sorpresa soltaron el voluminoso cuerpo del bárbaro que cayó en seco al suelo haciendo un sonido tan fuerte que habría despertado hasta a un anciano sordo. La bolsa que estaba desatando Terencio cae al suelo junto con el rubio grandulón y en un movimiento rápido Terencio la coge y la guarda en su ropa interior. Claudius, con su mirada pícara propia de la juventud, observaba atónito la escena sin entender nada.

Tiberio y Castus miran hacia atrás buscando saber el origen del sonido, ven a Phoenix que tumbado boca abajo, levanta su rostro lleno de tierra y excremento, a Terencio que mirándolos a ambos tiene su mano izquierda metida debajo de sus pantalones de origen celta moviendo exageradamente quien sabe que cosa y a Claudius que mirando con terror a su alrededor, sostiene el ánfora que había llevado Phoenix a modo de improvisada arma. Ante esto, Tiberio y Castus se miran entre ellos y levantan sus hombros despreocupadamente, gesto propio de aquellos

soldados que observan algo que no le es diferente a lo cotidiano.

-¿Qué es lo que te preocupa?- preguntó nuevamente Tiberio

- Es raro, no se como explicarlo, siempre volvemos por esta zona, pero es como si hoy... no lo sé... – Castus miraba preocupadamente y casi de reojo, a su alrededor, con miedo, sintiéndose como si alguien o algo los estuvieran vigilando- es como si hoy las cosas estuvieran colocadas de una manera distinta.

Tiberio primero lo siguió mirando un rato hasta que desvió su mirada a su derecha. Lo primero que vio fueron unas grandes cajas que bloqueaban una entrada a una gran carpa desaliñada. Nada, no notaba nada diferente. En parte podía ser (pensó) porque nunca prestaba atención cuando hacía el trayecto de vuelta a su habitación, o porque salía pocas veces a tomar con sus compañeros o quizás porque siempre terminaba saliendo de la taberna a tomar aire y vigilar el turno de los centinelas, aunque esto era la excusa que usaba para subir a la empalizada y observar (por encima de los filosos troncos de madera que formaban la defensa principal del muro) el valle que se desplegaba ante él, verlo de noche, tan oscuro, tan misterioso, tan profundo y atrapante lo llenaba de paz, era el momento de todos los días en que se paraba a pensar en la infinidad de la naturaleza y en la finitud del ser humano, reflexionaba, debatía y hasta filosofaba de vez en cuando pensando en interrogantes que le carcomían la mente y no le dejaban dormir, pensamientos como la existencia misma de las cosas, la razón última del hombre y ¿existirán los dioses? le robaban la paz cada vez que sus ojos se posaban en la campania gala, solo que no compartía estos pensamientos con nadie, porque a ninguno le interesaría lo que él se preguntara, y también porque nadie tendría una respuesta a esa clase de preguntas. Quizás por todas estas cosas era que Tiberius no prestaba atención al camino de vuelta a su carpa, y por esta falta de atención no vio la sombra que desde el interior de la carpa maltrecha de su derecha los observaba a todos. Y mucho menos vio la sonrisa ancha, blanca e inhumana que esta emitía.

-Para mí todo está igual compañero- mintió Tiberius

-Si... quizás solo me parece a mí...solo...solo es que nunca había visto esas cajas de ahí- apuntó Castus justamente a las cajas que tapaban la entrada a la tienda vieja pero grande que se encontraba a la derecha de estos

Tiberio dirigió su mirada siguiendo el dedo señalador de Castus hasta las cajas en las que se había fijado anteriormente, hasta incluso le pareció haber visto algo moverse ahí dentro. Tiberio dio cinco pasos en esa dirección, si bien no vio moverse nada más, si pudo notar que una parte de la entrada de la tienda era de un negro más oscuro que el de el interior

de la carpa.

La sombra dejó de sonreír y permaneció inmóvil donde estaba.

Algo había allí

Tiberio llevo su mano a la empuñadura de su gladius (que siempre llevaba a todos lados) y Castus hizo lo mismo instintivamente, Tiberio dio dos paso más, corrió las cortinas de la carpa y...

- ¿Oigan muchachos pasa algo?- la voz de Claudius que había llegado a donde estaba Castus los asustó y trajo de nuevo al presente a ambos, Tiberio miró hacia donde estaban parados los dos y fue a donde estaban ellos.

- No es nada Claudius, solo una rata que pasó al frente nuestro- respondió calmado Tiberio y mirando a Castus, este conociendo la mirada le siguió el juego.

- Si, la muy desgraciada intentó morder mis botas pensando que era un pedazo de pan- agregó Castus, sacándole una utilidad a las viejas botas de su abuelo.

-¡Que bueno! Porque vamos a necesitar ayuda aquí atrás- respondió Claudius.

-¿Por qué?- inquirió Tiberio temiendo que hayan hecho otro desastre.

- Phoenix se volvió a dormir y no tenemos fuerzas para levantarlo más.

-¡Máximus! ¿Has escuchado eso?

-Si señor, parecen pasos...

-¡Este galo si que pesa mucho!- exclamó visiblemente cansado Tiberio que lo llevaba junto con Castus sobres sus hombros. Delante de ellos, Claudius y Terencio caminaban lentamente.

-¡Terencio! ¡Terencio! ¿Escuchas eso? Parecen voces- preguntó visiblemente asustado Claudius, el joven se había parado en seco observando a su alrededor.

- Tienes razón, parece como si alguien estuviera hablando...

Detrás de ellos, Tiberius y Castus se miraron ¿Hasta cuando tendrían que aguantar todo eso?

-Máximus

-¿Señor?- respondió el joven.

- Mantente preparado- finalizó Tulio llevando su mano a su empuñadura, acción que fue imitada por Máximus.

-Si señor.

-Definitivamente hay alguien o algo ahí Claudius- exclamo en voz baja Terencio para posteriormente hacerle una seña a Tiberius y Castus, los cuales dejaron de caminar y sosteniendo con un brazo entre los dos a Phoenix, con la otra la dirigieron a donde estaban sus puñales escondidos bajo su túnica.

-Hagámoslo de una vez, a la cuenta de tres chico

-Si señor.

-Uno, dos...

-¿Sabes? Creo que no fue nada- exclamo Claudius con una sonrisa de desahogo.

- Creo que tienes razón- respondió Terencio- Al fin y al cabo era otra pende...

-¡TRES!- Máximus y Cornelio saltaron del costado de la carpa con las espadas desenfundadas, Terencio y Claudius dieron un grito de susto al igual que Castus y Tiberio que dejaron caer a Phoenix por segunda vez.

-¡Identifíquense o los corto en pedazos ahora mismo!- Cornelio fue el primero en hablar- ¡Háganlo ahora!

-¡Terencio Claudio Philophator señor!

-¡Luscurix de Bibracte Castus señor!

Paso cierto tiempo en la atmosfera hasta que se dieran cuenta, incluyendo Tulio la farsa en la que se habían engañado ellos mismos.

-Tiene que ser una broma ¿Qué mierda hacen aquí cabrones?- exclamo furioso Tulio

-Creo que podríamos preguntar lo mismo señor- respondió Claudius intentando recuperar el aire.

Detrás de ellos, Phoenix se levantaba del suelo, ahora sí totalmente despierto, a su lado Tiberio y Castus intentaban tranquilizarse por el tremendo susto.

Este tipo de cosas solo nos pasa a nosotros.

¡Silencio! ¡Yo hago las preguntas aquí! ¿Que hacen aquí?

Simplemente vamos a nuestras tiendas señor

O al menos tratábamos antes de que nos asaltaran- finalizó Terencio con un tono amargo.

Pensábamos que ya habían llegado, sus tiendas quedan mas cerca que las nuestras- exclamó Máximus.

Eso creíamos, pero el diseño del campamento es distinto- intervino Castus junto con Tiberio.

¡Nosotros igual!- siguió Máximus.

¡Ah! Ustedes también, supuse que alguien debía cuidar a estos dos- exclamo con su recuperado tono habitual Cornelio al ver a Terencio y a Claudius, una sonrisa se dibujó en su rostro cuando vislumbró a Phoenix levantándose del suelo con notada resaca.

Alguien me puede explicar que está pasando aquí- intervino Phoenix entre enojado y cansado por no entender nada.

¡Mi amigo galo!- respondió sorprendido Tulio- ¡Pensé que la bebida te había llevado al otro lado del estigia!

Muy gracioso centurión. Ya, pero ¿alguno de ustedes sabe donde está mi monede...?

¡Miren allí!- gritó Claudius apuntado con su brazo derecho a la carpa maltrecha en la que hace un tiempo iba a entrar Castus.

Una figura negra sin rasgos definidos salió disparada de la tienda, no parecía correr, más bien su movimiento daba la sensación de que levitaba a gran velocidad.

-¿Pero que demo...?- habló Castus cuando la sombra lo miró precisamente a él, su corazón se congeló, el rostro blanco, los ojos de serpiente y un agujero donde debería estar la nariz era lo único que el

galo recordaría de esa criatura - ¡¿Qué mierda es eso?!

-¡Hey! ¡Alto!- exclamó Máximus.

-¡Esta escapando!- sentenció Tiberio.

-¡ATRÁPENLO!- ordenó Tulio señalando la ruta de la figura la cuál se desplaza increíblemente rápido.

A continuación los siete salieron tras la sombra, siendo el primero Tulio y seguido por Tiberius y Máximus. Castus, Claudius y Terencio se miraron sorprendidos y los siguieron. Detrás de ellos, Phoenix trotaba lentamente hasta que no habiendo recorrido ni treinta metros se detuvo fatigado mientras observaba a los demás correr.

-¡Eso es muchachos! ¡Atrapen a ese cabrón!

-¡Máximus! ¡Ve por la derecha y ocúpate de que no pase al sector de los fabri! ¡Tiberio! ¡Tu por la izquierda, que no llegue a los establos!- gritó Cornelio mientras corría, el cual sorprendía por velocidad a la que llegaba a su edad- ¡Si se esconde con los caballos o en la armería estamos perdidos!

Los dos se apresuraron a obedecer, Cornelio sabía lo que decía.

Pasaron los cien metros y la figura no solo no se cansaba sino que parecía que corría más rápido todavía, intento amagar por la derecha como Tulio había previsto pero Máximus llegó justo a tiempo para bloquearle el camino, ante esto la sombra giró para empuntar por la izquierda hacía los establos pero Tiberio ya estaba con el gladius desenvainado, giró nuevamente para volver sobre sus pasos pero la imponente mole del Primus pilus con los brazos cruzados se encontraba parado ante él, lo suficientemente cerca para cortar la ruta de escape pero demasiado lejos para poder ver a la criatura como si lo hizo Castus.

La sombra retrocedió pacíficamente sobre sus pasos hasta a dar con la pared del comedor sin dejar de mirar a sus captores, aunque en el que más se fijaba era en Máximus, y el lo sabía.

-¡Ja! ¡Se acabó el juego novato! ¿Acaso no te enseñaron a no espiar a papa cuando va a salir con sus amigos?- Cornelio fue el primero en hablar a pesar de que su comentario estaba fuera de lugar (como siempre) aunque la voz burlona de Cornelio les trajo calma a los dos, en parte porque aliviaba la situación y en parte porque por primera vez la broma no iba dirigida a ellos- ¡Si no quieres que papá se enoje sal con las manos

arriba y el culo cerrado!

- ¡¿Y eso que se supone que quiere decir?!- exclamó Tiberius debido a la incoherencia de la oración de Tulio.

- ¡Y yo que sé! Lo importante es que sonó bien!

- ¡¿En que contexto se supone que eso suena bien Tulio?!- replicó Tiberius.

- ¡Y a mi que me importa! ¡No lo pierdas de vista o va a escapar!

Pero el que no perdía de vista a la sombra era Máximus, que a pesar de no verle la cara sabía que ella lo observaba a él, era como si quisiera comunicarse con él, decirle algo, como si hubiera pensado la persecución solo para encontrarse cara a cara con él.

“Cuida la espada Máximus”- creyó oír.

Aunque lo único que los oídos de Máximus escucharan era la ilógica discusión entre Tiberius y Cornelio, la mente de Máximus pareciera que logró un trance entre Máximus y la sombra que estaba contra la pared.

-¡Hey, concéntrense!- gritó airado Máximus-¡No dejéis que escape!

Y dicho esto la misma salto sobre la caja de madera que se encontraba a su lado realizando un acrobático e imposible giro en el aire y cayendo con milimétrica exactitud sobre el techo de los establos.

Tiberio y Cornelio dejaron discutir y observaron a la sombra correr por los techos de los edificios de ladrillos hacía el suroeste. Cuando lo perdieron de vista se volvieron a mirar y Cornelio volvió a iniciar la conversación.

-¡Te dije que no lo dejarás de vigilar y mira lo que pasó! ¡Se te escapó y ahora ese infeliz esta felizmente saltando por los techos cagando el sueño a nuestros compañeros!

-¿Se me escapo? ¡¿Es mi culpa dices?! ¡No lo hubiera perdido de vista si no hubieras dicho esa pendejada del culo y las manos!- respondió Tiberio visiblemente colérico.

-Ustedes saben que digo pendejadas en momentos innecesarios, no me digas que no te lo esperabas.

-¡No, de ningunas manera!

Detrás de ellos llegaron Claudius, Terencio y por último muy atrás Phoenix, que caminaba con la lengua afuera como si hubiera hecho los

treinta kilómetros diarios de los reclutas.

-Pero miren a quienes tenemos aquí, ¡ustedes siempre llegan para abrir la boda! ¿no?- exclamó Cornelio con su habitual sentido del humor, solo que ahora estaba enojado por los tres por no llegar a tiempo, ¡como si hubieran evitado algo!- Ahora tendremos que encontrar a ese desgraciado en cualquier parte del campamento.

Pero entonces Phoenix choca a Terencio y a este se le cae el monedero.

-Dudo mucho que podamos hacerlo primípilo- respondió Terencio feliz de que la corrida haya finalizado- Vimos la forma en la que escapó junto con su estúpida discusión, al ritmo al que va esa cosa, y digo cosa porque ningún romano decente hace esos movimientos, y la dirección en la que iba, ya habrá llegado al Estado Mayor en el centro del campamento.

-¿Entonces se dirige a la carpa del general?- intervino preocupado Máximus.

- En efecto, no lo habría dicho mejor- respondió sonriente Terencio.

-¡Significa que ya no es nuestro problema!- intervino alegremente Tiberius- ¡Que se encarguen de él los que hacen turno de guardia de hoy!

Todos los demás hicieron un sonido de aprobación y giraron para volver por donde vinieron, hasta que Claudius se dio cuenta de que Cornelio se quedó fijamente mirando en la dirección en la que se escapó la sombra, entonces Claudius dijo.

-¿Usted que opina señor?- todos los demás se giraron y lo observaron, durante unos segundos pensaron que Cornelio no iba a responder hasta que lentamente exclamó.

-Esto me hace recordar algo- y se giró mirando a Máximus- Muchacho, el general quiere que te presentes ante él a primera hora.

Los demás se lo quedaron mirando impresionados.

-¿Yo? ¿El general Cesar quiere verme?

-Así es chico, y se puntual, al general no le gusta esperar.

Y luego todos encabezados por Cornelio volvieron por donde habían venido, hasta que a mitad del camino Cornelio intuyó que algo andaba mal, se detuvo en seco mirando el suelo fijamente hasta que se dio vuelta y preguntó:

-¿Alguien vio a Castus?

Capítulo 8

8

-Espera aquí camarada, enseguida vuelvo- dijo el guardia que vigilaba la entrada que daba al edificio donde residía el general, un tipo joven de veintiséis años de probable origen íbero con una fina barba que le rondaba por los cachetes. Dio media vuelta y entro por la gran puerta de madera internándose en el interior del vestíbulo.

-A ti también te llamaron temprano por lo que veo...

Máximus giro y se sorprendió al ver al primípilo despierto a tan tempranas horas del día, además lo veía mal dormido y con unas ojeras casi imperceptibles pero claras muestras de cansancio al fin y al cabo, así que con motivo de saber que había hecho levantar a Cornelio de la cama con el frío de la mañana le pregunto:

-Cornelio... me alegro de verte... te ves algo cansado, ¿todo va bien?- preguntó el joven con interés más en saber lo que había hecho al dormir que la importancia de su salud.

-En realidad tengo que ir enseguida a hablar con el Legado,- comenzó Tulio- pero como se que César te ha mandado a llamar vine a preguntarte algo antes de que entres con él.

-¿Y bien?- increpó el joven queriendo ir al grano.

-¿Te acuerdas algo de lo que ocurrió anoche?- preguntó el Primus pilus.

-Por supuesto Cornelio- respondió Máximus.

- ¿Incluso la persecución al enmascarado?- pregunto Tulio en voz baja esta vez.

- No me he olvidado de nada Tulio.

Cornelio miro a su alrededor asegurándose de que nadie observara o escuchara, luego le hizo una seña a Máximus para que se acercara más.

-Resulta que ayer después de nuestra "recorrida" por el campamento" fui a mi habitación para descansar, pero antes de eso Claudius y yo fuimos a buscar a Castus-hizo una pequeña pausa esperando que Máximus lo interrumpiera.

-¿Y que fue lo que le paso Cornelio?- preguntó al final el joven.

-Más bien como lo encontramos es lo importante...luego de que le perdiéramos el rastro a nuestro "amigo" Claudius me llevo a donde habían visto salir al tipo, una tienda grasosa y mal mantenida, pero lo terrorífico viene después.

- ¡Maldito Cornelio no me dejes con la intriga! ¡Habla pues!

-¡Esta bien pero calla!- exclamo en voz baja el viejo centurión mirando a ambos lados- Dentro de la carpa estaba Castus, intentamos sacarlo de ahí pero no quería, tenía miedo, dijo que la "criatura", pues así lo llamaba al tipo, iba a volver y no se que otra cosa más. Intente razonar con el pero no quería, y no se como pero termino explicándome los rasgos del tipo: cara blanca, ojos enormes, ninguna nariz y ino se que más! El hecho es que tuvimos que sacarlo casi llorando de la carpa y llevarlo a su habitación y ayudarlo a dormir.

-Jajaja ¡No sabía que tenías vocación de matrona Tulio!- respondió casi al borde de las carcajadas Quintillo.

-¡Silencio! ¡Yo no dije eso! – se defendió Cornelio intentando recuperar su honor- Solamente lo ayudamos a olvidarse de las cosas. Luego Claudius y yo nos fuimos a dormir. Pero cuando apoye mi cabeza en la cama las dudas y los recuerdos no me dejaban descansar, entonces me levante, me abrigue y salí a buscar al tipo en todo el campamento. El miedo de Castus no me dejaba dormir, hace ocho años que lo conozco y jamás lo vi...tan asustado.

-¿Lo dices en serio viejo?

- ¡Si! ¡No he pegado un maldito ojo en toda la noche!....espera....¿viejo?

- Pero ¿Por qué te han llamado ?¿Acaso...

-¡Centurión Amadeo, puede pasar!- habló el guardia que le había dado el alto a Máximus.

-Pasa, después seguiremos hablando- exclamó el centurio mientras Máximus se internaba dentro del edificio.

-Nombre- exclamó el calon, uno de los esclavos personales de César.

-Máximus Quintillus Amadeus- respondió casi extrañado Máximus, considerando que el legionario de afuera le haya preguntado lo mismo que

el esclavo.

- Pasa, César te está esperando- contestó el otro.

Máximus dio un asentimiento como saludo y se giro para entrar hasta que de repente y sin aviso un voluminoso legionario con la cabeza semi rapada salio vociferando de la carpa del general flanqueado por dos de los legionarios del interior de la habitación de César.

-¡Deben creerme! ¡Lo que les digo es cierto!

-¡Silencio infeliz, si no quieres que te mandemos como agente encubierto a los galos!- bromeó el guardia de la izquierda.

-¡Pero es verdad! ¡Agrícola! ¡Crispino! ¡Sois mis compañeros desde hace cinco años! ¡Saben que no miento!- continuó el mismo legionarios, ahora dirigiéndose a sus compatriotas.

-Disculpa Marcelo, pero hoy no es tu día de suerte- le contestó el guardia de la derecha con un tono más conciliador- Ahora cállate o pensarán que somos tus amigos.

-¡Pero si son mis amigos!

-¡Que te calles dije!

Las voces de la conversación se fueron apagando a medida que salían al exterior del edificio, Máximus los vio partir, lleno de duda increpó al esclavo que hacía de administrador.

-¿Sabes que le pasaba a ese?

El siervo, sorprendido de que Máximus no hubiera entrado con el general lo miro y luego le respondió.

-Por lo que pude escuchar, el tipo vio a un encapuchado que bloqueaba el camino cuando se dirigía hacia aquí a caballo trayendo la noticia de la insurrección de Cenabum, este lo encaró y el muy imbécil "supuestamente" se dio cuenta de que era un demonio y no un hombre. Por lo que cabalgó despavorido y cagado de miedo hacia aquí.

-¿Cenabum se ha rebelado?- preguntó Amadeo preocupado por el estado de la importante ciudad comercial de los belgas.

El calon se dio cuenta de que habló de más y decidió apurar al chico para que se olvidara de lo que dijo.

-¡Estás haciendo esperar a César!! ¡PASA DE UNA VEZ!

Máximus cayó en la cuenta de que en verdad estaba haciendo esperar a su general y se apresuró a entrar a la habitación corriendo las cortinas.

Detrás de él, el esclavo se llevaba la mano derecha a la frente sabiendo que se había salvado de liarla otra vez, la próxima lo castigarían.

Máximus corrió lentamente las cortinas que daban a la entrada de la habitación de Cesar, entro en ella y rápidamente vislumbró la silueta de su general con su característica capa roja, le daba la espalda a la entrada y por la postura Amadeo intuyo que tenía algo en sus manos.

Cesar se dio vuelta y lo miró penetrante con la mirada.

-¿Supongo que sabes que no me gusta esperar de más centurión?- dijo pausadamente el cónsul con una severidad propia de los centuriones.

Máximus se quedó petrificado, no sabía que responder. Pasaron unos segundos hasta que la mirada de Julio Cesar se volvió de un momento a otro en una sonrisa infantil y calurosa.

-¡No pensarás que he perdido el sentido del humor al venir a esta pocilga de región ¿No?- y terminado de decir esto se acerco y abrazó a Máximus como si se tratase de un padre que vuelve a ver a su hijo- ¿Cómo esta el más joven de mis centuriones favoritos?

Máximus se tranquilizó y reconoció otra vez a su carismático jefe de antaño, aquel que antaño se ganará los corazones de sus legionarios en la lejana Hispania. También abrazó a Cesar y sonriente le siguió la conversación.

-¡Yo también me alegro de verlo señor!- respondió Quintillus visiblemente feliz pero intentando mantener el grado.

-¡Por favor Máximus!- respondió Cesar llevando ambas manos al frente- Ya no eres más mi subordinado, me demostraste tu lealtad en Hispania y por ello te has ganado mi confianza... y mi amistad.

El joven centurio se sonrojo y bajo la mirada, pero en seguida respondió.

-¡Gracias señor, usted me honra mucho! Siempre se ha ganado mi

confianza y la de todos en Hispania!

-¡Por los dioses Máximus i- respondió casi a las carcajadas el cónsul, -
¡Cuando estemos a solas llámame Cesar, o si lo deseas tan solo dime Julio!

-¡Como diga señor... quiero decir "Julio".

-¡Jajaja! ¡Así esta mejor Máximus!- dijo Cesar, a continuación tomo un ánfora que estaba en el suelo y lleno dos copas de plata ofreciéndole la primera a Máximus.

El joven oficial tomo la copa tímidamente, observo su líquido y a pesar de no tener mucha cultura alcohólica supo vislumbrar su calidad.

-¿Señor? – Preguntó el joven, a lo que Cesar después de tomar su primer trago lo miro e invitó a que continuara- Esto es Falerno.

-¡Por favor mi querido Máximus! ¿Alguna vez has visto a un amigo negándole su mejor bebida a otro?- respondió el general casi disgustado por la excesiva humildad del chico-¡Además, si no termino de consumirlo no nos enviaran más de nuestros depósitos en el Sur! ¡Que desperdicio ¿no?

El muchacho sonrió nuevamente, miró su copa y sin pensarlo dos veces bebió todo el líquido de un solo trago.

-¡Así me gusta! Jaja ¡Sin asco! ¡Como lo hacíamos en la novena! ¿Lo recuerdas Máximus?- exclamó riéndose el general.

-¡Como olvidarlo señor!

Después de un rato riéndose y contándose experiencia en la novena, Cesar se enderezó en su asiento y cambió de tema.

- Y dime pequeño Amadeo, ¿Cómo te ha tratado la Décima en tu llegada estos... dos días?

Y nuestro joven protagonista le explico todas sus desventuras desde la noche en que Claudius y Phoenix lo detuvieron en la puerta, su noche de bebidas con Cornelio, Tiberio y los demás y la persecución al encapuchado.

-¡Veo que ya conoces a los personajes de la legión!- exclamó Cesar al borde de las lágrimas de felicidad de tanto reírse. - Dime entonces, ¿que te ha parecido tu estadía en la Décima? Lamento haber tardado tanto el

conseguirte una habitación.

-No pasa nada señor, es la desorganización administrativa de las legiones. Además, nosotros venimos aquí a luchar por Roma, no de vacaciones.

-¡Cierto! ¡¡Muy cierto! Pero las legiones son el reflejo de Roma, y si ese reflejo es desorganizado ¿Qué podemos esperar de las otras instituciones? ¿Qué sería nuestra cultura sin el orden, la estabilidad y el progreso de la República que trae consigo la prosperidad y la pax romana? .- el joven oficial miró a su general y luego bajo la cabeza al suelo, no tenía nada que replicarle, si bien a él no le hizo mal deambular carpa por carpa en el campamento los últimos tres días a Cesar parecía molestarle debido a que era una falla de carácter administrativo, aunque a él, como simple soldado, no le importaba ni debería hacerlo.-Aquí Máximus, somos Roma, lo malo, lo bueno y lo relativo, pero somos Roma, y más allá de nuestras creencias, cultura y antepasados, todos, desde el más humilde auxiliar hasta el legado de mayor alcurnia están aquí para defender esa ciudad, símbolo de todo lo loable a lo que llegó el hombre... y debemos defenderlo Máximus...- aquí Cesar fue el que bajo la cabeza, hasta Amadeo creyó ver una lágrima salir de su ojo derecho.-... y morir si es necesario, aunque para algunos es injusto, digo, ¿Tu has visto Roma alguna vez? ¿Alguno de tus compañeros u oficiales alguna vez la visitaron? No, seguro que no Máximus, la mayoría de ellos morirán o llegarán a la vejez, ¡si tienen suerte claro! ¡sin recibir siquiera una carta del senado agradeciéndoles por sus servicios, como si les hacen a los tribunos, consules y gobernadores de las provincias que siempre se quedan con los frutos de su esfuerzo!

Máximus agarró el brazo con fuerza, la actitud de su amigo y general empezaba a ponerlo incómodo.

-Pero yo... voy a cambiar eso, y a todos, incluyendo los senadores si es necesario...

Tras la última palabra de Cesar en el ambiente reino la calma, pasaron unos segundos hasta que Julio César levanto la vista y vio la incomodidad en el reflejo del muchacho, sabiendo lo aburridos que son sus reflexiones personales, el cónsul se enderezó en su asiento y volvió a su habitual y despreocupado estado de ánimo.

-Seguro debo aburrirte con charlas como estas...

-¡Señor! ¡Yo no...

- No pasa nada Máximus, mi tutor griego también me hacía dormir cuando nos explica a mí y mis hermanos las reflexiones de la República de Platón... si tan solo le hubiera prestado más atención... no estaría

teniendo estas cuestiones ético-políticas.

Máximus miró su copa, hace ya mucho tiempo que se le había acabado su bebida y no supo porque pero intuyó que también la charla llegaba a su fin.

-¡Bien! Creo que eso es todo lo que debía decirte Máximus.

“Como odio cuando tengo razón” pensó sabiendo que eso significaría que no le rellenaría la copa.

-¡Ah! ¡No espera otra cosa más!- recordó César rápidamente, a lo que Máximus se alegró en su interior porque le daba esperanzas para tomar un poco más de vino.

-Esto es para ti, ¡un regalo de un general a su mejor soldado!

El cónsul le entregó un objeto alargado y delgado cubierto en un piel de venado. Máximus lo desenvolvió con cuidado. ¡Era un espada!, o al menos eso parecía, no era un gladius legionario ni una falcata íbera o un kopis griego. ¡No era nada que Máximus hubiera visto! La hoja de la espada no era ni muy hancha ni muy delgada, pero lo llamativo es que el medio de la hoja esta partido, ¡como si fueran dos espadas con una misma empuñadura!

-Es una espada muy rara señor, ¿Qué es?- pregunto curioso el joven.

-Justamente por eso te la mostré, pensé que al ser más joven sabrías si es un nuevo modelo que los fabri hicieron para reemplazar al gladius. O si por el contrario, es un arma que tu reconozcas de tus tiempos de servicio en Hispania- repuso el general incrédulo ante el desconocimiento del muchacho.

Máximus observo cuidadosamente la empuñadura blanca, la cual tenía incrustada una extraña piedra verde en el medio.

-¡Es un arma preciosa señor!

-¡En verdad lo es Máximus! ¡Y es para ti!

-¡Señor! Yo no podría...

-Vamos Máximus, un general debe mostrar aprecio por sus soldados y retribuirles a aquellos que mejor le sirven. Te lo mereces y que no se hable más.

-¡Gracias! Señor- respondió el joven visiblemente alegre.

-Solo no le digas a nadie que yo te la dí, io si no me crearás un motín!- exclamó el general a las carcajadas.

-¡Por supuesto señor! ...¿Cómo la consiguió señor?

Se hizo un incomodo silencio, el semblante de César volvió a ser el de antes.

-¿Dije algo malo señor?

- ¡No, no, no...para nada Máximus!-se apresuró a decir el cónsul- Solo es que... fue muy raro. Me la entrego el legionario que estuvo antes que tú.

-Lo vi señor, al salir por la puerta digo.

-¿Entonces te habrás dado cuenta que estaba asustadísimo no?

-Así es señor

César lo miró profundamente y luego miró a ambos lados como si alguien pudiera escucharlos.

- El soldado, Marcelo Agrícola, un buen legionario por cierto, venía a caballo desde el cercano enclave de Cenabum...

-¿Cenabum señor?- preguntó Máximus fingiendo desconocimiento, en realidad lo que quería era saber más que lo que le había dicho el esclavo.

-Mas adelante lo sabrás Máximus- respondió neutral César.

-Lo siento señor.

-Resulta que este a cuatro millas de aquí se topo con un sujeto al costado de la carretera que se encontraba excavando en un terreno que era del gobernador de la ciudad, ósea es un delito.

-Entiendo

-Marcelo desmontó y lo increpó, el sujeto de espalda no le prestó atención. Por lo que Marcelo desenfundó e intentó atacarlo hasta que el sujeto se dio la vuelta y...

Máximus nunca había visto una expresión asustada en la cara de César, de algo malo seguro se trataba.

- Me dijo que no era humano- Máximus creyó escuchar en las últimas palabras de Julio César los lamentos aterrados de Castus.- Tenía la piel blanca, los ojos grandes y amarillos y ... no tenía nariz.

"No puede ser, no otra vez"

- Marcelo corrió a su caballo y siguió su camino al fuerte.

- Y usted...¿Le creyó?- preguntó Máximus asustado más por el destino del legionario.

-Máximus- comenzó el general- A diferencia de muchos generales, yo sí conozco a mis hombres, quizá no a todos pero a los que conozco como a ti los considero cercanos.

Máximus asintió lentamente.

- Marcelo es un buen hombre, pero no puedo dejar que su relato asuste a sus compañeros en la víspera de una importante empresa.

"¿Importante empresa?"

-¿Lo mandó a castigar?

-i¿Qué?!iNo! Solo le dí una semana de licencia para que se calme, para cuando regrese y esté mejor lo hablaremos.

-Eso no responde lo de la espada señor.

-iCierto! Cuando Marcelo se dirigía aquí vió en el camino una bolsa de cuero de la que sobresalía la espada, lo impresionante es que la punta de ella apuntaba a donde estaba la criatura excavando la tierra.

"¿Criatura?"

-Escalofriante señor.

-Vaya que lo es Máximus, bueno, lamento hacerte esperar de más, ahora sí, es el fin de nuestra tertulia. La próxima vez nos veremos sin limitaciones ¡Lo prometo!

-iCuando quiera señor!

Máximus se levanto de su asiento, saludo a su superior y estaba apunto de salir cuando...

-¿Máximus?

-¿Señor?

-Una cosa más, bueno, dos en realidad- exclamó el general con un marcado tinte de preocupación- La primera es que no le digas a nadie del hecho de Marcelo.

-¡Hecho señor!

-La segunda es sobre tu amigo...

“¿Amigo?”

-¿Te acuerdas de Glario no?- preguntó sonriente el general, Máximus no entendía que tenía que ver Glario en eso- Espero que sí, lo he mandado a llamar de la Duodécima, en estos días estará llegando al campamento.

La sonrisa de Máximus no tuvo precedente alguno.

-Si señor, me acuerdo- dijo casi riéndose.

-Se que eran buenos amigos, sus notables habilidades son necesarias para mis futuras proyecciones, así que una vez más tú y tu amigo lucharéis codo a codo ¡Como en los viejos tiempos!

-¡Gracias Señor! No se como agradecerle.

-Todavía no termine chico, también ordene que entre hoy y mañana se te otorguen dos ánforas del vino que acabas de beber para recibir a Glario.

Ahora Máximus si que estaba feliz.

-¡No sabe lo feliz que estoy señor! Estoy en deuda con usted.

-¡Tonterías! Un buen general sabe como recompensar a sus hombres, considéralo como una muestra de agradecimiento por tu valía y lealtad en Hispania.

-Gracias Señor...

-¡César Máximus! ¡Dime Julio César!

-Como ordene señor... ¡digo César!

-Así está mejor, ahora puedes retirarte Máximus, ¡es todo por hoy!

Máximus se levanto y saludo llevándose el brazo al pecho y luego estirándolo hacia adelante. Dio la vuelta y se retiro corriendo las finas cortinas rozadas. En su interior ardía de felicidad, primero por la noticia de Glario, y segundo por lo del vino. ¡Debía contárselo a Tulio y a los demás!

Mientras caminaba a mitad del camino le volvían las palabras que el sujeto le había dicho la noche anterior.

“Máximus...cuida la espada”

Capítulo 9

9

-¡Hay por favor! ¿Pero qué significa esto?- preguntó entre enojado y sorprendido el centurio Tulio al observar a Castus, estaba sudado y muy sucio, con los ojos rojos y con rastro de vino en su túnica, mas que un legionario parecía un indigente de la Suburra.

-Presentándose para el deber señor-respondió muy cansado el galo.

-Ya lo veo...

-Usted lo pidió señor.

-Si, si... pero no pensé que te hubiera costado tanto- respondió el Primus pilus, consciente de que había pasado un día entero desde el incidente con el encapuchado, a lo que el centurio le había ordenado a Castus que se tomará el día libre antes de volver a sus obligaciones.

-Si quieres puedo volver a la cama Tulio- contestó el galo inteligente y con una sonrisa.

- ¡Si claro galo!i Y a mi me pagan más por los días en que mis legionarios se ausentan por enfermedad!- respondió sarcástico el oficial deseando que así fuera- Ve a donde esta formada el resto de la centuria, i hoy salimos a trotar para entrenar las piernas!

Mientras Castus se daba media vuelta y se dirigía a grandes zancadas a donde estaba la primera centuria de la primera cohorte, Tulio pudo ver que a lo lejos se acercaba Máximus. En su mirada pudo notar una leve sonrisa, algo raro según el, pues no conocía a nadie que después de hablar con el general saliera feliz.

-¡Saludos centurio Quintillus Amadeus!- respondió el romano tendiendo la mano a modo de saludo.

-¡Buen día Primus pilus!- respondió el otro tomándole la mano.

-¿Cómo te ha ido con nuestro César?- preguntó directamente Tulio.

-Bastante bien Tulio, ah... Tulio, ¿te han mencionado algo sobre una revuelta?- preguntó más por curiosidad Máximus.

-¿Revuelta? Para nada ¿Por qué lo dices?

-Cuando estaba adentro escuche a un legionario hablar de unos disturbios en Cenabum...

-¡Cenabum se rebeló!-exclamaron Tiberio, Terencio y Phoenix que se encontraban detrás de Cornelio espiando a los dos.

-¡Putra madre!¿Hace cuanto están ahí malditos?!- protestó el primípilo sorprendido y asustado.

-Bueno, te llevamos siguiendo desde que saliste del praetorium del general, pero recién escuchamos lo que decías cuando estabas con Castus .- respondió Phoenix con su habitual estado alegre.

-¿Cómo pudieron hacerlo? ¡Los habría identificado!- respondió Tulio entristecido por su falta de reflejos.

-Resulta fácil escuchar lo que dices Cornelio cuando llevamos estudiando tu campo de visión desde hace un par de años- respondió Tiberio más profesionalmente.

-¡Y es mucho más fácil cuando cada vez escuchas menos!- agregó graciosamente Terencio. A lo que los demás, incluido Máximus respondieron con carcajadas.

-¡La próxima vez que hagan eso los mandaré a escuchar las conversaciones de los druidas a ver si tienen tanto éxito!- contestó el centurio amargado.

-Pero ya en serio, ¿en verdad Cenabum se ha rebelado?- increpó nervioso Phoenix.

-¿Qué te asusta galo?¿Acaso temes tener que reprimir a tus compatriotas?- preguntó con un poco de malicia Terencio.

-¡Para nada! Lo que pasa es que tengo familiares ahí- aclaró el galo.

-Pero Cenabum es un ínfima ciudad comercial, ¿Qué clase de revuelta nace en un enclave tan pequeño?- preguntó Tiberio.

-De igual forma, yo no sé nada- exclamó Tulio saliendo del asunto-Es Máximus el que me dio la información.

-Máximus ¿Eso es real?- interrogó Phoenix con preocupado.

Máximus les explicó a los cuatro como lo había escuchado de boca del legionario Marcellus, como lo confirmo con el esclavo administrativo de

César y de cómo había intentado (inútilmente) sacarle información a este, asegurándole que le haría saber más adelante.

-Conociendo a los generales, que no son pocos- comenzó el Primus pilus- no me sorprendería que estén ocultando un levantamiento pequeño para que las tropas no se crean la gran cosa ¡De seguro fue otro estúpido jefe galo que salió a la calle a insultar al gobierno romano borracho y revoloteando su miembro al aire libre! ¡Fiel a su costumbre claro!.- todos se rieron excepto Phoenix.

-Es cierto, ha pasado mucho tiempo desde la última gran batalla contra los celtas. Ahora únicamente nos dedicamos a patrullar y dispararle a los druidas con escorpiones desde las murallas cada vez que nos enseñan el culo. Además, los hombres están ansiosos de luchar, y que se recorra por el campamento un rumor de un levantamiento generalizado no haría más que enfervorizar a los muchachos.- agregó Tiberio.

-¿Y esto que tiene que ver con nuestro sueldo?- interfirió Terencio, ante el silencio espectral de los otros cuatro aclaró su pregunta- Me refiero a que si nos aumentarán la paga por sofocar revueltas inútiles.

-¡De ninguna manera!- respondió Máximus tajante.

-Entonces me da igual, ¿porque arriesgaría me pellejo matando comerciantes celtas cuando puedo cobrar lo mismo cuidando el fuerte?- concluyó Terencio.

-Terencio, por personas como tú es que existen los preservativos de piel de cabra.- sentenció Tiberio condenando la falta de iniciativa y de entrega al bien común del otro.

-¿En verdad existen? ¡Por qué no me lo dijiste antes!- exclamó el otro ante el descubrimiento de la más valiosa herramienta del hombre.

-¡Se acabó! ¡Basta de pendejadas! ¡Rebelión o no, hoy debemos recorrer veinte millas!- exclamó en voz alta Tulio.

Los demás legionarios y el grupo de auxiliares cercano, incluido Claudius que estaba preparando su equipo para la marcha, se voltearon a verlo. Aquellos que escucharon las últimas palabras de su centurión se miraron preocupados. No obstante, su impresión no duró mucho.

-¡Que es lo que miran! ¡Vuelvan al trabajo gusanos!- sentenció rápido el Primus pilus golpeando la vitis con la mano derecha. Luego de que todos dejaran de mirar y volvieran a sus obligaciones, se giró y volvió a la conversación.

-Escuchen, lo último que necesita el Estado Mayor es que los hombres se imaginen una falsa guerra que no existe ni existirá. Este país fue conquistado hace más de tres años y no ha ocurrido nada grande que atente contra la autoridad del Senado. Suponiendo que haya algo de lo que debamos preocuparnos, lo que creo que habría que hacer es actuar con cautela y hacer que no sabemos nada, al menos hasta que la información sea oficial- propuso el Primus pilus.

-¡Jamás te escuché hablar con tanta elegancia Cornelio!- agregó gracioso Tiberio.

Tulio miró a sus compañeros un momento y luego se giró a ver a los demás hombres.

-Bien, creo que ya está todo listo. Vayan con sus centurias y den la orden para que se preparen para partir.

Todos, oficiales y suboficiales se desplegaron para transmitir la orden a sus hombres. Máximus que se dirigía hacia la puerta principal recordó algo y dio la media vuelta.

-Ahh...¿Tulio?- exclamó inseguro este.

-¿Sí?- respondió el otro serio, pensando que no había sido claro con la orden.

-¿Cuál es mi centuria?

Capítulo 10

10

Un par de horas antes

-Descansa Cornelio- exclamó el Legado Tito Labieno ante el saludo protocolar del Primus Pilus de su legión, un hombre al que, en silencio, admiraba y respetaba a partes iguales.-Por favor centurión, ¿Gusta del etrusco?- dijo Labieno rellenando la copa que tenía en su escritorio y ofreciéndola a su recién llegado.

-¡Gracias señor!- respondió Tulio sentándose y tomando la copa lo más refinadamente que podía.

El legado lo observo mientras Tulio bebía desmesurada pero disimuladamente la bebida y como gotas de esta caían por su barbilla. Labieno no podía entender como es que un hombre con su linaje y alcurnia pudiera sentirse desvalorizado ante un veterano salido de las más sucias calles de la República. No obstante, para Tito, esto no era motivo de discriminación, sino más bien la oportunidad de estrechar vínculos con sus hombres.

-Dime Cornelio...

-¡Señor...!- respondió el otro y bien terminó de vaciar la copa y secado sus labios con las mangas de la túnica roja sangre del centurión.

-¿Has notado algo extraño últimamente en el campamento?

-¿Señor?

-Me refiero a algo fuera de lugar, extravagante, anormal....

-Se a lo que se refiere señor- lo interrumpió Cornelio- Para nada señor, ¿Por qué lo pregunta?

Labieno lo miró profundamente. Quería saber si le mentía, pero a diferencia de generales como César, todavía no había desarrollado la habilidad de detectar falsedades en las miradas de los otros viéndolos a los ojos. Por lo que le dejó en paz. A continuación pensó lentamente en como sacar el tema de conversación de la forma más suave y despreocupada posible. Como no encontró ninguna forma, optó por ser directo y violento.

-He escuchado reportes de Arcanis.

Cornelio lo miró extrañado por un buen tiempo, tanto que Labieno no supo distinguir si sabía algo y no quería decirlo, recordó algo de suma importancia que se olvidó hacer o si simplemente le estaba tomando el pelo. No tuvo tiempo para saberlo porque Emilio le contestó.

-¿Qué es un Arcani señor?

El legado lo miró con soslayo, casi irritado, pero luego recordó que estaba conversando con un individuo que tenía menos de un cuarto de la formación cultural que el poseía, así que respiró profundo y se juró así mismo no ser tan discriminativo con aquellos hombres de menor status y mucho menos con aquellos a los que quería imitar.

-Un Arcani Tulio- comenzó lentamente el joven senador- es una fuerza de élite secreta...

-¿Fuerza de élite?- interrumpió Tulio inocentemente al escuchar un nuevo término. Labieno lo miró y le restó importancia al hecho.

-Un súper soldado Cornelio.

-Entiendo señor.

Tito se lo quedó observando unos segundos, no sabía si Cornelio le estaba jugando una broma, en verdad era estúpido o si tenía un ligero retraso en todo aquello que no tuviera que ver con gritarles a sus hombres y acuchillar al enemigo. "Probablemente eran las tres", pensó.

Tulio se volteó para ver que es lo que miraba su legado. Labieno entendió que tendría que ser más lento en su explicación para con su Primus Pilus.

-Como decía....- volvió a comenzar- un Arcani es una fuerza de élite, o un grupo de súper soldados secretos con múltiples objetivos- hizo una pequeña pausa para ver si su Primipilo le seguía- los cuales abarcan principalmente desde la observación del estado del enemigo hasta el sabotaje de estos...

-¿Sería un espía señor?- preguntó Tulio entusiasmado, el tema aparentemente le atraía.

- Yo lo llamaría como una especie de espía encubierto Cornelio- respondió Tito visiblemente contento de que Tulio lo entendiera.

-¿Espía encubierto?

-Claro, porque un espía busca la manera de escabullirse en la base enemiga, intentando robar todos los datos posibles de este y ahí culmina su trabajo. En cambio, un agente encubierto se inserta en la estructura enemiga como uno más del entorno, traba confianza con ellos y, llegado el caso de que el rival busque contratarlo para que el nos espíe a nosotros, pasa a ser un agente doble, en esas circunstancias este se encargará de pasarle al enemigo información falsa sobre nosotros.

-Suenan peligroso señor- respondió Tulio con los ojos grandes por el asombro de tamaña tarea. -Pero, ¿Si un agente doble nos hiciera creer que le da datos falsos al enemigo pero en realidad le dice la verdad de nuestra situación, en ese caso, no sería un agente triple?

La pregunta/aportación de Tulio dejó sin palabras a Labieno. Trago saliva sorprendido y desvió el tema para que no pareciera que le dejó sin una respuesta clara.

-Sigamos donde estábamos- continuó el Legado- un Arcani, aparte de ser un espía, también realiza misiones militares pero por separado de la de las legiones. Como por ejemplo llevar al enemigo a emboscadas mortales, cortar rutas de suministros, captura de rehenes, extorsión de jefes tribales, desvío de mensajería, entre otros.

-¡Esos tipos suenan geniales señor!- dijo Tulio intentando mantener la seriedad pero claramente admirando a los Arcanis, de hecho, Tulio ya quería ser uno.

-Claro que sí Tulio, el problema radica en que un Arcani es sobornable, como todos claro. Por una adecuada suma de dinero, estas gentes aceptarían espiar a otros romanos para fines oscuros.

-¿Por qué un romano quisiera espiar a otro señor? Suenan estúpido.

- Tú no tienes por que preocuparte Tulio, pero César, yo y los otros Legados tenemos oponentes en el Senado de Roma, rivales que no dudarían en pagar lo que sea para conocer información sobre nosotros que luego pudieran usar en nuestra contra.

-Suenan jodido señor ¡Por esas cosas odio la política!- respondió Tulio neutral.

Labieno lo miró nuevamente buscando algún indicio de sarcasmo en el centurio, pero solo encontró una mirada impasible. A fin de cuentas, pensó, Cornelio no tenía otra razón por la cuál estar con el. Aparentemente no sabía nada.

-A mi igual Tulio- aportó el Legado – Solo avísame si notas algo raro

Tulio, no lo digo por seguridad, es una orden centurión.

-¡Como ordene señor!

-Es todo por hoy. Puedes retirarte Tulio- Tulio llevó su puño al pecho y luego lo extendió a modo de saludo.

-¡Señor!

El legado vio dar la vuelta a su primípilo dirigirse a grandes zancadas a la entrada de su cuarto. Labieno sabía que debía decirles algo importante pero no sabía que. Cornelio corrió las cortinas del cuarto Tito y justo antes de abandonar la habitación Labieno lo detuvo.

-¡Tulio! ¡Espera!- alcanzó a decir a tiempo el senador.

-¿Si señor?- Cornelio se dio la vuelta rápidamente y avanzó dos pasos para escuchar a su superior.

-El oficial nuevo que llegó anteayer...¿Mario?

-Máximus señor- corrigió el centurio a su legado- Máximus Quintillus Amadeus.

-Ese mismo- Labieno ojeó un pergamino administrativo que se encontraba en una pila de papeles amontonados- Déjame ver... ¡Aquí esta! ¿Puedo pedirte un favor Tulio?

-Lo que sea señor.

-Dile a este tal Máximus que asumirá el control de la Tercera centuria- Labieno hizo una pausa para ojear el resto de la información mientras que Tulio cruzaba los dedos para Máximus le tocara junto con su grupo- de la primera cohorte. ¡Por lo visto seréis compañeros!

-Al parecer señor- dijo Tulio procurando parecer neutral cuando en su interior se alegraba de que su nuevo amigo compartiera su área de trabajo.

-¡Falta algo Cornelio!

-¿Señor?

-También dile que tendrá que esperar un par de meses hasta que se le asgine un optio, así que puedes decirle que escoja un reemplazo durante los próximos tres meses.

-Como ordene señor.

-Eso es todo Tulio. Ahora puedes retirarte.- sentenció Labieno, y rápidamente agregó- Que tengas un buen día Cornelio.

-¡Si señor! ¡Igualmente señor!

